EL GRAN GALEOTO,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

PRECEDIDO DE UN DIÁLOGO EN PROSA

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

TERCERA EDICION.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS, 2, 2°.
1881.



EL GRAN GALEOTO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)

El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitacion.

Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)

En el pilar y en la cruz, drama original en tres actos y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.

Algunas veces aqui, drama original en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama original en tres actos y en prosa.

El gran Galeoto, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

EL GRAN GALEOTO,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

PRECEDIDO DE UN DIÁLOGO EN PROSA

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

TERCERA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1881.

PERSONAJES	ACTORES.
TEODORA, esposa de.........	SRTA. MENDOZA.
DON JULIAN................	SR. DONATO
DOÑA MERCEDES, esposa de..	SRA. CALDERON.
DON SEVERO, padres de......	SR. VALENTIN.
PEPITO.....................	D. RICARDO CALVO.
ERNESTO...................	D. RAFAEL CALVO.
DOS CRIADOS...............	SRES. PARIS, FERNANDO CALVO.

Época moderna: año 18...: la escena en Madrid.

Á TODO EL MUNDO

dedico este drama, porque á la buena voluntad *de todos*, y no á méritos mios, debo el éxito alcanzado.

Á todos, si: al *público*, que con profundo instinto y alto sentido moral, comprendió desde el primer momento la idea de mi obra, y la tomó cariñosamente bajo su proteccion: á la *prensa*, que tan noble y generosa se ha mostrado conmigo y que me ha dado pruebas de simpatía que jamás olvidaré: á los *actores*, que ya con inmenso talento y altísima inspiracion, ya con esquisita delicadeza y profundo sentimiento, unas veces con honrada y magnífica energía, otras con acentos cómicos dignos de los grandes maestros del arte de la declamacion, y siempre con la discrecion y el tacto más perfectos, cuando había peligros que evitar, han dado vida en la escena á los personajes de mi obra.

Á todos debo y á todos doy en estas desaliñadas frases prueba humilde pero sincera de mi profunda gratitud.

José Echegaray.

EL GRAN GALEOTO.

DIÁLOGO.

La escena representa un gabinete de estudio. Á la izquierda un balcon: á la derecha una puerta: casi en el centro una mesa con papeles, libros y un quinqué encendido: hácia la derecha un sofá. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ERNESTO sentado á la mesa y como preparándose á escribir.

ERNESTO. ¡Nada!... ¡Imposible!... Esto es luchar con lo imposible. La idea está aquí: bajo mi ardorosa frente se agita; yo la siento; á veces luz interna la ilumina, y la veo... La veo con su forma flotante, con sus vagos contornos, y de repente suenan en sus ocultos senos voces que la animan, gritos de dolor, amorosos suspiros, carcajadas sardónicas... ¡todo un mundo de pasiones que viven y luchan! .. y fuera de mí se lanzan, y á mi alrededor se extienden, y los aires llenan! Entónces, entónces me digo á mí mismo:—«este es el instante,»—y tomo la pluma, y con la mirada fija en el espacio, con el oido atento, conteniendo los latidos del corazon, sobre el papel me inclino... pero, ¡ah sarcasmo de la impotencia!... ¡Los contornos se borran, la vision se desvanece, gritos y suspiros se extin-

guen... y la nada, la nada me rodea!... ¡La monotonía del espacio vacío, del pensamiento inerte, del cansancio soñoliento! Más que todo eso: la monotonía de una pluma inmóvil y de un papel sin vida, sin la vida de la idea. ¡Ah!... ¡Cuántas formas tiene la nada, y cómo se burla, negra y silenciosa, de creadores de mi estofa! Muchas, muchas formas: lienzos sin colores, pedazos de mármol sin contornos, ruidos confusos de caóticas vibraciones; pero ninguna más irritante, más insolente, más ruin que esta pluma miserable, (Tirándola.) y que esta hoja en blanco. ¡Ah!... no puedo llenarte, pero puedo destruirte, cómplice vil de mis ambiciones, y de mi eterna humillacion! Así... así... más pequeños... aún más pequeños... (Rompiendo el papel.—Pausa.) ¿Y qué?... La fortuna que nadie me ha visto; que por lo demas, estos furores son ridículos y son injustos. No... pues yo no cedo. Pensaré más, más... hasta vencer, ó hasta estrellarme. No; yo nunca me doy por vencido. Á ver... á ver si de este modo...

ESCENA II.

ERNESTO, D. JULIAN. Éste por la derecha, de frac y con el abrigo al brazo.

D. JULIAN. (Asomándose á la puerta, pero sin entrar.) Hola, Ernesto.

ERNESTO. ¡Don Julian!

D. JULIAN. ¿Trabajando aún?... ¿Estorbo?...

ERNESTO. (Levantándose.) ¡Estorbar!... ¡Por Dios, don Julian!... Entre usted, entre usted. ¿Y Teodora? (D. Julian entra.)

D. JULIAN. Del Teatro Real venimos. Subió ella con mis hermanos al tercero á ver no sé qué compras de Mercedes, y yo me encaminaba hácia mi cuarto cuando ví luz en el tuyo, y me asomé á darte las buenas noches.

ERNESTO. ¿Mucha gente?

D. JULIAN. Mucha, como siempre; y todos los amigos me preguntaron por tí. Extrañaban que no hubieses ido.

ERNESTO. ¡Oh!... qué interés!

D. JULIAN. El que tú mereces, y aún es poco. Y tú, ¿has aprovechado estas tres horas de soledad y de inspiracion?

ERNESTO. De soledad, sí; de inspiracion, no. No vino á mí, aunque rendido y enamorado la llamaba.

D. JULIAN. ¿Faltó á la cita?

ERNESTO. Y no por vez primera. Pero si nada hice de provecho, hice en cambio un provechoso descubrimiento.

D. JULIAN. ¿Cuál?

ERNESTO. Este: que soy un pobre diablo.

D. JULIAN. ¡Diablo! Pues me parece descubrimiento famoso.

ERNESTO. Ni más, ni ménos.

D. JULIAN. ¿Y por qué tal enojo contigo mismo? ¿No sale acaso el drama que me anunciaste el otro dia?

ERNESTO. ¡Qué ha de salir! Quien sale de quicio soy yo.

D. JULIAN. ¿Y en qué consiste ese desaire que juntos hacen la inspiracion y el drama á mi buen Ernesto?

ERNESTO. Consiste en que al imaginarlo, yo creí que la idea del drama era fecunda, y al darle forma, y al vestirla con el ropaje propio de la escena, resulta una cosa extraña, difícil, antidramática, imposible.

D. JULIAN. Pero, ¿en qué consiste lo imposible del caso? Vamos, dime algo, que ya voy entrando en curiosidad. (*Sentándose en el sofá.*)

ERNESTO. Figúrese usted que el principal personaje, el que crea el drama, el que lo desarrolla, el que lo anima, el que provoca la catástrofe, el que la devora y la goza, no puede salir á escena.

D. JULIAN. Tan feo es? tan repugnante ó tan malo?

ERNESTO. No es eso. Feo, como cualquiera: como usted ó como yo. Malo, tampoco: ni malo, ni bueno. Repugnante, no en verdad: no soy tan escéptico, ni tan misántropo, ni tan desengañado de la vida estoy, que tal cosa afirme, ó que tamaña injusticia cometa.

D. JULIAN. Pues entónces ¿cuál es la causa?

ERNESTO. Don Julian, la causa es, que el personaje de que se trata no cabría materialmente en el escenario.

D. JULIAN. Vírgen santísima, y qué cosas dices! Es drama mitológico por ventura y aparecen los titanes?

ERNESTO. Titanes son; pero á la moderna.

D. JULIAN. En suma?

ERNESTO. En suma, ese personaje es... *todo el mundo*, que es una buena suma!

D. JULIAN. *Todo el mundo*! pues tienes razon, todo el mundo no cabe en el teatro; hé ahí una verdad indiscutible y muchas veces demostrada.

ERNESTO. Pues ya ve usted, como yo estaba en lo cierto.

D. JULIAN. No completamente. *Todo el mundo* puede condensarse en unos cuantos tipos ó caractéres. Yo no entiendo de estas materias, pero tengo oido que esto han hecho los maestros más de una vez.

ERNESTO. Sí, pero en mi caso, es decir, en mi drama, no puede hacerse.

D. JULIAN. Por qué?

ERNESTO. Por muchas razones, que fuera largo el explicar y sobre todo á estas horas.

D. JULIAN. No importa: vengan algunas de ellas.

ERNESTO. Mire usted, cada individuo de esa masa total, cada cabeza de ese monstruo de cien mil cabezas, de ese titan del siglo, que yo llamo *todo el mundo*, toma parte en mi drama un instante brevísimo, pronuncia una palabra no más, dirige una sola mirada, quizá toda su accion en la fábula es una sonrisa: aparece un punto y luégo se aleja: obra sin pasion, sin saña, sin maldad, indiferente y distraido; por distraccion muchas veces.

D. JULIAN. Y qué?

ERNESTO. Que de esas palabras sueltas, de esas miradas fugaces, de esas sonrisas indiferentes, de todas esas pequeñas murmuraciones y de todas esas pequeñísi-

mas maldades; de todos esos, que pudiéramos llamar. rayos insignificantes de luz dramática, condensados en un foco y en una familia, resulta el incendio y la explosion, la lucha y las víctimas. Si yo represento la totalidad de las gentes por unos cuantos tipos ó personajes simbólicos, tengo que poner en cada uno lo que realmente está disperso en muchos, y resulta falseado el pensamiento; unos cuantos tipos en escena, repulsivos por malvados, inverosímiles porque su maldad no tiene objeto; y resulta ademas el peligro de que se crea que yo trato de pintar una sociedad infame, corrompida y cruel, cuando yo sólo pretendo demostrar, que ni aun las acciones más insignificantes, son insignificantes ni perdidas para el bien ó para el mal, porque sumadas por misteriosas influencias de la vida moderna pueden llegar á producir inmensos efectos.

D. JULIAN. Mira, no sigas, no sigas: todo eso es muy metafísico. Algo vislumbro, pero al través de muchas nubes. En fin, tú entiendes de estas cosas más que yo: si se tratase de giros, cambios, letras y descuentos otra cosa sería.

ERNESTO. ¡Oh, no: usted tiene buen sentido, que es lo principal!

D. JULIAN. Gracias, Ernesto, eres muy amable.

ERNESTO. Pero está usted convencido?

D. JULIAN. No lo estoy. Debe haber manera de salvar ese inconveniente.

ERNESTO. Si fuera ese solo!

D. JULIAN. Hay más?

ERNESTO. Ya lo creo. Dígame usted ¿cuál es el resorte dramático por excelencia?

D. JULIAN. Hombre, yo no sé á punto fijo qué es eso que tú llamas *resorte dramático*; pero yo lo que te digo, es que no me divierto en los dramas en que no hay amores, sobre todo amores desgraciados, que para amo-

res felices tengo bastante con el de mi casa y con mi Teodora.

ERNESTO. Bueno: magnífico: pues en mi drama casi, casi, no puede haber amores.

D. JULIAN. Malo, pésimo, digo yo. Oye, no sé lo que es tu drama, pero sospecho que no va á interesar á nadie.

ERNESTO. Ya se lo dije yo á usted. Sin embargo, amores pueden ponerse y hasta celos.

D. JULIAN. Pues con eso, con una intriga interesante y bien desarrollada, con alguna situacion de efecto...

ERNESTO. No, señor; eso sí que no: todo ha de ser sencillo, corriente, casi vulgar... como que el drama no puede brotar á lo exterior. El drama va por dentro de los personajes: avanza lentamente: se apodera hoy de un pensamiento, mañana de un latido del corazon: mina la voluntad poco á poco.

D. JULIAN. Pero todo eso en qué se conoce? esos estragos interiores qué manifestacion tienen? quién se los cuenta al espectador, dónde los ve? Hemos de estar toda la noche á caza de una mirada, de un suspiro, de un gesto, de una frase suelta! Pero, hijo, eso no es divertirse! para meterse en tales profundidades se estudia filosofía!

ERNESTO. Nada: repite usted como un eco todo lo que yo estoy pensando.

D. JULIAN. No; yo tampoco quiero desanimarte. Tú sabrás lo que haces. Y.. ¡vaya!... aunque el drama sea un poco pálido, parezca pesado y no interese... con tal que luégo venga la catástrofe con bríos... ¡y que la explosion... ¿eh?

ERNESTO. ¡Catástrofe... explosion!... casi casi, cuando cae el telon.

D. JULIAN. ¿Es decir, que el drama empieza cuando el drama acaba?

ERNESTO. Estoy por decir que sí; aunque yo ya procuraré ponerle un poquito de calor.

D. JULIAN. Mira; lo que has de hacer es escribir *ese segundo drama*, ese que empieza cuando acaba el primero; porque el primero, segun tus noticias, no vale la pena y ha de darte muchas.

ERNESTO. De eso estaba yo convencido.

D. JULIAN. Y ahora lo estamos los dos; tal maña te has dado, y tal es la fuerza de tu lógica. ¿Y qué título tiene?

ERNESTO. ¡Título!... Pues esa es otra... Que no puede tener título.

D. JULIAN. ¿Qué?... ¿Qué dices?... ¡Tampoco!...

ERNESTO. No, señor; á no ser que lo pusiéramos en griego para mayor claridad, como dice don Hermógenes.

D. JULIAN. Vamos, Ernesto; tú estabas durmiendo cuando llegué; soñabas desatinos y me cuentas tus sueños.

ERNESTO. ¿Soñando?... si. ¿Desatinos?... tal vez. Y sueños y desatinos cuento. Usted tiene buen sentido y en todo acierta.

D. JULIAN. Es que para acertar en este caso no se necesita gran penetracion. Un drama en que el principal personaje no sale; en que casi no hay amores; en que no sucede nada que no suceda todos los dias; que empieza al caer el telon en el último acto, y que no tiene título, yo no sé cómo puede escribirse, ni cómo puede representarse, ni como ha de haber quién lo oiga, ni cómo es drama.

ERNESTO. ¡Ah!... Pues drama es. Todo consiste en darle forma, y en que yo no sé dársela.

D. JULIAN. ¿Quieres seguir mi consejo?

ERNESTO. ¿Su consejo de usted?... ¿De usted, mi amigo, mi protector, mi segundo padre? ¡Ah!... ¡Don Julian!...

D. JULIAN. Vamos, vamos, Ernesto, no hagamos aquí un drama sentimental á falta del tuyo que hemos declarado imposible. Te preguntaba si quieres seguir mi consejo.

ERNESTO. Y yo decía que sí.

D. JULIAN. Pues déjate de dramas, acuéstate, descansa, vente á

cazar conmigo mañana, mata unas cuantas perdices con lo cual te excusas de matar un par de personajes de tu obra, y quizá de que el público haga contigo otro tanto, y á fin de cuentas tú me darás las gracias.

ERNESTO. Eso sí que no. El drama lo escribiré.

D. JULIAN. Pero, desdichado; tú lo concebiste en pecado mortal.

ERNESTO. No sé cómo; pero lo concebí. Lo siento en mi cerebro; en él se agita; pide vida en el mundo exterior, y he de dársela.

D. JULIAN. Pero, ¿no puedes buscar otro argumento?

ERNESTO. Pero, ¿y esta idea?

D. JULIAN. Mándala al diablo.

ERNESTO. ¡Ah, don Julian! ¿Usted cree que una idea que se ha aferrado aquí dentro se deja anular y destruir porque así nos plazca? Yo quisiera pensar en otro drama, pero este, este maldito de la cuestion no le dejará sitio hasta que no brote al mundo.

D. JULIAN. Pues nada... que Dios te dé feliz alumbramiento.

ERNESTO. Ahí está el problema, como dice Hamlet.

D. JULIAN. ¿Y no podrías echarlo á la inclusa literaria de las obras anónimas? (En voz baja y con misterio cómico.)

ERNESTO. ¡Ah, don Julian! Yo soy hombre de conciencia. Mis hijos, buenos ó malos, son legítimos; llevarán mi nombre.

D. JULIAN. (Preparándose á salir.) No digo más. Lo que ha de ser está escrito.

ERNESTO. Eso quisiera yo. No está escrito por desgracia; pero no importa, si yo no lo escribo otro lo escribirá.

D. JULIAN. Pues á la obra; y buena suerte, y que nadie te tome la delantera.

ESCENA III.

ERNESTO, D. JULIAN, TEODORA.

TEODORA. (Desde fuera.) ¡Julian!. . ¡Julian!...

D. JULIAN. Es Teodora.

TEODORA. ¿Estás aquí Julian?

D. JULIAN. (Asomándose á la puerta.) Sí; aquí estoy; entra.

TEODORA. (Entrando.) Buenas noches, Ernesto.

ERNESTO. Buenas noches, Teodora. ¿Cantaron bien?

TEODORA. Como siempre. ¿Y usted ha trabajado mucho?

ERNESTO. Como siempre: nada.

TEODORA. Pues para eso, mejor le hubiera sido acompañarnos. Todas mis amigas me han preguntado por usted.

ERNESTO. Está visto que *todo el mundo* se interesa por mí.

D. JULIAN. ¡Ya lo creo!... Como que de *todo el mundo* vas á hacer el principal personaje de tu drama. Figúrate si les interesará tenerte por amigo.

TEODORA. (Con curiosidad.) ¿Un drama?

D. JULIAN. ¡Silencio!... Es un misterio... no preguntes nada. Ni título, ni personajes, ni accion, ni catástrofe... ¡lo sublime! Buenas noches, Ernesto. Vamos, Teodora.

ERNESTO. Adios, don Julian.

TEODORA. Hasta mañana.

ERNESTO. Buenas noches.

TEODORA. (Á D. Julian.) Qué preocupada estaba Mercedes.

D. JULIAN. Y Severo hecho una furia.

TEODORA. ¿Por qué sería?

D. JULIAN. ¡Qué sé yo! En cambio Pepito, alegre por ambos.

TEODORA. Ese siempre. Y hablando mal de todos.

D. JULIAN. Personaje para el drama de Ernesto. (Salen Teodora y D. Julian por la derecha.)

ESCENA IV.

ERNESTO.

ERNESTO. Diga lo que quiera don Julian, yo no abandono mi empresa. Fuera insigne cobardía. No, no retrocedo... adelante. (Se levanta y se pasea agitadamente. Despues se acerca al balcon.) Noche, protégeme; que en

tu negrura, mejor que en el manto azul del dia, se dibujan los contornos luminosos de la inspiracion. Alzad vuestros techos, casas mil de la heróica villa, que, por un poeta en necesidad suma, no habeis de hacer ménos que por aquel diablillo cojuelo que traviesamente os descaperuzó. Vea yo entrar en vuestras salas y gabinetes damas y caballeros buscando, tras las agitadas horas de públicos placeres, el nocturno descanso. Lleguen á mis aguzados oidos las mil palabras sueltas de todos esos que á Julian y Teodora preguntaban por mí; y como de rayos dispersos de luz, por diáfano cristal recogidos, se hacen grandes focos; y como de líneas cruzadas de sombra se forjan las tinieblas, y de granos de tierra los montes, y de gotas de agua los mares; así yo, de vuestras frases perdidas, de vuestras vagas sonrisas, de vuestras miradas curiosas, de esas mil trivialidades que en cafés, teatros, reuniones y espectáculos dejais dispersas, y que ahora flotan en el aire, forje tambien mi drama, y sea el modesto cristal de mi inteligencia, lente que traiga al foco luces y sombras, para que en él brote el incendio dramático y la trágica explosion de la catástrofe. Brote mi drama, que hasta título tiene, porque allá, bajo la luz del quinqué, veo la obra inmortal del inmortal poeta florentino, y díóme en italiano lo que en buen español fuera buena imprudencia y mala osadía escribir en un libro ó pronunciar en la escena. Francesca y Paolo, válganme vuestros amores. (*Sentándose á la mesa y preparándose á escribir.*) ¡Al drama!... El drama empieza! Primera hoja: ya no está en blanco... ya tiene título. (*Escribiendo.*) EL GRAN GALEOTO. (*Escribe febrilmente.*)

FIN DEL DIÁLOGO.

ACTO PRIMERO.

La escena representa un salon en casa de Don Julian.

En el fondo una gran puerta: tras ella un pasillo trasversal: despues la puerta del comedor, que permanece cerrada hasta el final del acto.—Á la izquierda del espectador, en primer término, un balcon; en segundo término, una puerta.—Á la derecha, en primero y segundo término respectivamente, dos puertas.—En primer término, á la derecha, un sofá; á la izquierda una pequeña mesa y una butaca.

Todo lujoso y expléndido.

Es de dia, á la caida de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

TEODORA, DON JULIAN.—Teodora asomada al balcon: Don Julian sentado en el sofá y pensativo.

TEODORA. ¡Hermosa puesta de sol!
¡qué nubes, qué luz, qué cielo!
Si en los espacios azules
está el porvenir impreso,
como dicen los poetas
y nuestros padres creyeron;
si en la esfera de zafir
escriben astros de fuego,
de los humanos destinos

el misterioso secreto,
y es esta expléndida tarde,
página y cifra del nuestro,
¡qué venturas nos aguardan,
qué porvenir tan risueño,
cuánta vida en nuestra vida,
cuánta luz en nuestro cielo!
¿No es verdad? (Dirigiéndose á Julian.)
Pero ¿qué piensas?
Ven Julian: mira aquel léjos.
¿No me contestas?

JULIAN. (Distraido.) ¿Qué quieres?

TEODORA. (Acercándose á él.)
¿No me escuchaste?

JULIAN. El deseo
siempre está donde estás tú,
que eres su iman y su centro;
pero á veces importunos,
acosan al pensamiento,
preocupaciones, cuidados,
negocios...

TEODORA. De que reniego,
pues de mi esposo me roban
la atencion, si nó el afecto.
Pero ¿qué tienes, Julian? (Con sumo cariño.)
algo te preocupa, y sério
debe ser, pues hace rato
que estás triste y en silencio.
¿Tienes penas, Julian mio?
pues las reclama mi pecho,
que sí mis dichas son tuyas,
tus tristezas yo las quiero.

JULIAN. ¿Penas? ¡siendo tú dichosa!
¿Tristezas? ¡cuando poseo
de todas las alegrías
en mi Teodora el compendio!

En mostrando tu semblante,
de la salud de tu cuerpo
como fruto, esas dos rosas;
y tus ojos ese fuego,
que es el resplandor del alma
que se extiende por dos cielos;
en sabiendo, como sé,
que yo solo soy tu dueño,
¿qué tristezas, ni qué penas,
ni qué sombras, ni qué duelos,
pueden impedirme ser,
del corazon hasta el centro,
el hombre más venturorso
que existe en el universo?

TEODORA. ¿Y tampoco son disgustos
de negocios?

JULIAN. El dinero
no me hizo perder jamás
ni el apetito ni el sueño:
y como siempre le tuve,
no aversion, mas sí desprecio,
él se vino hácia mis arcas
sumiso como un cordero.
Y fuí rico, y rico soy,
y hasta que muera de viejo,
Don Julian de Garagarza,
en Madrid, Cádiz y el Puerto,
gracias á Dios y á su suerte,
será, Teodora, el banquero,
si nó de mayor fortuna,
más seguro y de más crédito.

TEODORA. Pues bien, entónces ¿por qué
estabas hace un momento
tan preocupado?

JULIAN. ¡Pensaba!
y pensaba en algo bueno.

TEODORA. No es maravilla, Julian,
siendo tuyo el pensamiento. (*Con mimo.*)

JULIAN. ¡Lisonjera! ¡no me adules!

TEODORA. Pero sepa yo qué es ello.

JULIAN. Queria encontrar remate
para cierta obra de mérito.

TEODORA. ¿Para la fábrica nueva?

JULIAN. No es obra de piedra y fierro.

TEODORA. ¿Pero es?....

JULIAN. De misericordia
obra, y de lejanos tiempos
deuda sagrada.

TEODORA. (*Con alegría natural y expontánea.*)
Ya sé.

JULIAN. ¿Sí?

TEODORA. Pensabas en Ernesto.

JULIAN. Acertaste.

TEODORA. ¡Pobre chico!
bien hacías. ¡Es tan bueno,
tan noble, tan generoso!

JULIAN. Todo á su padre: ¡modelo
de lealtad y de hidalguía!

TEODORA. ¡Vaya! ¡y de mucho talento!
veintiseis años... ¡y sabe!
¿qué se yo?.... si es un portento.

JULIAN. ¿Si sabe? ¡pues ahí es nada!
y ese es el mal: porque temo
que allá perdido en sublimes
esferas su pensamiento,
no sepa andar por el mundo,
que es prosáico y traicionero,
y no se paga jamás
de sutilezas de ingenio,
hasta tres siglos despues
de habérselas dicho el muerto.

TEODORA. En teniéndote por guía...

porque tú, Julian... ¿no es cierto?
no piensas abandonarle.

JULIAN. ¡Abandonarle! muy negro
era menester que fuese
el corazon que en el pecho
me late, para que yo
olvidase lo que debo
á su padre. Por el mio
arriesgó Don Juan de Acedo
nombre y caudal, y la vida
acaso. Si ese mancebo
necesita de mi sangre,
que la pida; que la tengo
siempre dispuesta á pagar
deudas del nombre que llevo.

TEODORA. ¡Bien, Julian! ¡eso eres tú!

JULIAN. Tú lo viste: me dijeron
hace un año, ó poco más,
que el buen Don Juan era muerto,
y que su hijo en la miseria
quedaba, y faltóme tiempo
para meterme en el tren,
ir á Gerona, cogerlo
casi á la fuerza, hasta aquí
volver con él, y en el centro
de esta sala colocarle
y decirle: «eres el dueño
de lo mio, que ya es tuyo,
porque á tu padre lo debo.
Si quieres, amo serás
de esta casa, ó cuando ménos
por segundo padre ténme,
que si no alcanzo al primero,
por lo mucho que valía,
tras él voy con el deseo;
y en cuanto á quererte... ¡vaya!

quién es más, allá veremos.»
TEODORA. Es verdad: eso dijiste:
y el pobre... como es tan bueno,
rompió á llorar como un niño,
y colgósete del cuello.
JULIAN. Es un niño: dices bien:
y pensar en él debemos
y en su porvenir. Y ahí tienes
por qué preocupado y sério
me viste ha poco, buscando
forma y modo á lo que pienso
hacer por él, mientras tú
me brindabas con un bello
panorama, y un celaje,
y un rojo sol, que desdeño,
desde que brillan dos soles
más puros en nuestro cielo.
TEODORA. Pues no adivino tu idea.
¿Lo que piensas por Ernesto
hacer?
JULIAN. Tal dije.
TEODORA. ¿Pues cabe
hacer más de lo que has hecho?
Hace un año vive aquí
con nosotros, como nuestro.
Ni áun cuando hijo tuyo fuese,
ni mi propio hermano siendo,
le mostraras más cariño
ni en mí hallara más afecto.
JULIAN. Está bien; pero no basta.
TEODORA. ¿Qué no basta? Pues yo creo...
JULIAN. Tú piensas en lo presente
y yo en lo futuro pienso.
TEODORA. ¿Lo futuro? ¿el porvenir?
pues fácilmente lo arreglo.
Mira: vive en esta casa

cuanto quiera, años enteros:
como suya; pues es claro:
hasta que allá, con el tiempo,
por ley justa y natural,
se enamore y le casemos.
Entónces de tu fortuna
le entregas con noble empeño
una buena parte: vánse
á su casa, desde el templo,
ella y *él;* que el refran dice,
y yo á su razon me atengo,
que el casado casa quiere,
y no porque vivan léjos
hemos de olvidarle nunca,
ni hemos de quererle ménos.
Y ya lo ves: son felices:
nosotros más, por supuesto.
Tienen hijos: ¿quién lo duda?
¡nosotros más!... ¡por lo ménos (Con mimo.)
una niña!... se enamoran
ella y el hijo de Ernesto
y se casan...

(La volubilidad, el gracejo, los matices de este parlamento, quedan encomendados al talento de la actriz.)

JULIAN. ¡Pero adonde
vas á parar, justo cielo! (Riendo.)

TEODORA. Hablabas de porvenir
y éste porvenir te ofrezco;
que si no es éste, Julian,
ni me gusta, ni lo acepto.

JULIAN. Es como tuyo, Teodora.
Pero...

TEODORA. ¡Ay, Dios! ya tiene un pero.

JULIAN. Mira, Teodora, nosotros
pagamos lo que debemos
al amparar á ese jóven

desdichado como á deudo,
y á la obligacion se agregan
exigencias del afecto,
que vale tanto por sí,
como por hijo de Acedo.
Pero en toda accion humana
siempre hay algo de complejo;
siempre hay dos puntos de vista;
y siempre tiene un reverso
la medalla. Con lo cual
decirte, Teodora, quiero
que en este caso, son casos
más que contrarios, diversos,
el de dar y recibir
proteccion, y que me temo
que al fin le sepan mis dones
á humillacion por lo ménos.
Él es noble, y es altivo,
y casi, casi, soberbio,
y á su situacion, Teodora,
es forzoso hallarle término.
Hagamos por él, aún más,
y finjamos hacer ménos.

TEODORA. ¿De qué modo?

JULIAN. Vas á ver...
Pero él viene. (Mirando hácia el fondo.)

TEODORA. Pues silencio.

ESCENA II.

TEODORA.—DON JULIAN.—ERNESTO, (por el fondo.)

JULIAN. Bien venido.

ERNESTO. Don Julian...
Teodora... (Saluda como distraido y se sienta junto á la mesa, quedando pensativo.)

JULIAN. ¿Qué tienes? (Acercándose á él.)
ERNESTO. Nada.
JULIAN. Algo noto en tu mirada,
y algo revela tu afan.
¿Tienes penas?
ERNESTO. ¡Desvarío!
JULIAN. ¿Tienes disgustos?
ERNESTO. Ninguno.
JULIAN. ¿Acaso soy importuno?
ERNESTO. ¡Usté importuno! ¡Dios mio!
(Levantándose y acercándose á él con efusion.)
No, su cariño le inspira:
su amistad es su derecho:
y lee dentro de mi pecho
cuando á los ojos me mira.
Algo tengo, sí señor;
pero todo lo diré.
Don Julian, perdone usté:
y usté tambien: ¡por favor! (A Teodora.)
Yo soy un loco, y un niño,
y un ingrato: en puridad,
ni merezco su bondad,
ni merezco su cariño.
Yo debiera ser dichoso
con tal padre y tal hermana,
y no pensar en mañana;
y sin embargo es forzoso
que piense. La explicacion
me sonroja... ¿No me entienden?...
Sí, sí, que ustedes comprenden
que es falsa mi situacion.
De limosna vivo aquí. (Con energía.)
TEODORA. Esa palabra...
ERNESTO. Teodora...
TEODORA. Nos ofende.
ERNESTO. Sí, señora,

dije mal; pero es así.

JULIAN. Y yo te digo que no.
Si de limosna, y no escasa,
alguien vive en esta casa,
ese no eres tú: soy yo.

ERNESTO. Conozco, señor, la historia
de dos amigos leales,
y de no sé qué caudales
de que ya no hago memoria.
A mi padre le hace honor
rasgo de tal hidalguía;
pero yo lo mancharía
si cobrase su valor.
Yo soy jóven, Don Julian,
y aunque es poco lo que valgo
bien puedo ocuparme en algo
para ganarme mi pan.
¿Será esto orgullo ó manía?
No lo sé y el tino pierdo;
pero yo siempre recuerdo,
que mi padre me decia:
«Lo que tú puedas hacer
»á nadie lo has de encargar:
»lo que tú puedas ganar
»á nadie lo has de deber.»

JULIAN. De modo que mis favores
te humillan y te envilecen;
tus amigos te parecen
importunos acreedores.

TEODORA. Usted discurre en razon,
usted sabe mucho, Ernesto;
pero mire usted, en esto
sabe más el corazon.

JULIAN. Esa altivez desdeñosa
no mostró mi padre al tuyo.

TEODORA. La amistad, segun arguyo,

era entónces otra cosa.

ERNESTO. ¡Teodora!

TEODORA. Es noble su afan.

ERNESTO. Es cierto, soy un ingrato:
ya lo sé: y un insensato...
perdone usted, Don Julian.
(Profundamente conmovido.)

JULIAN. ¡Su cabeza es una fragua!
(A Teodora refiriéndose á Ernesto.)

TEODORA. ¡Si no vive en este mundo! (A Julian lo mismo.)

JULIAN. Eso sí, sábio y profundo,
y se ahoga en un charco de agua.

ERNESTO. ¡Qué de esta vida no sé, (Tristemente.)
ni hallo en ella mi camino?
Es verdad; mas lo adivino
y tiemblo no sé por qué.
¡Qué en las charcas de este mundo
como en alta mar me anego?
me espantan más, no lo niego,
mucho más que el mar profundo.
Hasta el límite que marca
suelta arena el mar se tiende:
por todo el espacio extiende
emanaciones la charca.
Contra las olas del mar
luchan brazos varoniles:
contra miasmas sutiles
no hay manera de luchar.
Y yo, si he de ser vencido,
que no humilla el vencimiento,
en el último momento
sólo quiero, y sólo pido,
ver ante mí, y esto baste,
al mar que tragarme quiera,
á la espada que me hiera
ó á la roca que me aplaste.

A mi adversario sentir,
su cuerpo y su furia ver,
y despreciarle al caer,
y despreciarle al morir.
Y no aspirar mansamente
mi pecho, que se dilata,
el veneno que me mata
esparcido en el ambiente.

JULIAN. ¿No te dije? ¡perdió el seso! (A Teodora.)

TEODORA. Pero, Ernesto, ¿á dónde vamos?

JULIAN. Con el caso que tratamos
¿qué tiene que ver todo eso?

ERNESTO. Que al verme, señor, aquí
amparado y recogido,
lo que he pensado, he creido
que piensan todos de mí.
Que al cruzar la Castellana
en el coche con ustedes,
con Teodora ó con Mercedes
al salir una mañana,
al ir á su palco al Real,
al cazar en su dehesa,
al ocupar en su mesa
de diario el mismo sitial;
aunque á su optimismo pese,
el caso es, señor, que todos,
con estos ó aquellos modos,
se preguntan ¿quién es ese?
¿Será su deudo? —No tal.
¿Su secretario? —Tampoco.
¿Su sócio? —Si es sócio poco
trajo á la masa social.
Eso murmuran.

JULIAN. Ninguno.
Eso sueñas.

ERNESTO. Por favor...

JULIAN. Pues venga un nombre.
ERNESTO. Señor...
JULIAN. Me basta sólo con uno.
ERNESTO. Pues lo tienen á la mano:
está en el piso tercero.
JULIAN. ¿Y se llama?
ERNESTO. Don Severo.
JULIAN. ¿Mi hermano?
ERNESTO. Justo: su hermano.
¿No basta? Doña Mercedes,
su noble esposa y señora.
¿Más? Pepito. Con que ahora
á ver qué dicen ustedes.
JULIAN. (Con enojo.) Pues digo, y juro, y no peco,
que *él*, mas que severo, es raro;
que *ella* charla sin reparo,
y que el chico es un muñeco.
ERNESTO. Repiten lo que oyen.
JULIAN. Nada:
esas son cavilaciones.
Donde hay nobles intenciones,
y á la gente que es honrada,
le importa poco del mundo:
cuanto el murmurar más récio,
más soberano el desprecio,
y más grande y más profundo.
ERNESTO. Eso es noble y eso siente
todo pecho bien nacido;
pero yo tengo aprendido
que lo que dice la gente,
con maldad ó sin maldad,
segun aquel que lo inspira,
comienza siendo mentira
y acaba siendo verdad.
La murmuracion que cunde,
nos muestra oculto pecado,

y es reflejo del pasado,
ó inventa el mal y lo infunde?
Marca con sello maldito
la culpa que ya existía,
ó engendra la que no había,
y da ocasion al delito?
El labio murmurador
¿es infame, ó es severo?
¿es cómplice, ó pregonero?
¿es verdugo, ó tentador?
¿remata ó hace caer?
¿hiere por gusto ó por pena?
y si condena, ¿condena
por justicia, ó por placer?
Yo no lo sé, Don Julian;
quizá las dos cosas son;
pero el tiempo y la ocasion
y los hechos lo dirán.

JULIAN. Mira, no entiendo ni jota
en esas filosofías.
Presumo que son manías
con que tu ingenio se agota;
pero en fin tampoco quiero
afligirte ni apurarte.
¿Quieres, Ernesto, crearte,
independiente y severo
una posicion honrada
por tí sólo? ¿no es así?

ERNESTO. Don Julian...

JULIAN. Responde.

ERNESTO. (Con energía.) Sí.

JULIAN. Pues la tienes alcanzada.
Me encuentro sin secretario:
de Lóndres me brindan uno,
pero no quiero ninguno,
más que un ser estrafalario,

(Con tono de cariñosa reconvencion.)
que su pobreza prefiere,
su trabajo y sueldo fijo,
como cualquiera, á ser hijo
de quien por hijo le quiere.

ERNESTO. Don Julian...

JULIAN. Pero exigente
(Con tono de cómica severidad.)
y hombre de negocios soy,
y mi dinero no doy
nunca de valde á la gente.
Y he de explotarte á mi gusto,
y he hacerte trabajar,
y en mi casa has de ganar
únicamente lo justo.
Diez horas para el tintero,
despierto al amanecer,
y contigo voy á ser,
más severo que Severo.
¡Esto serás ante el mundo:
víctima de mi egoismo...
pero Ernesto... siempre el mismo
de mi pecho en lo profundo!
(Sin poder contenerse, cambiando de tono y abriéndole los brazos.)

ERNESTO. ¡Don Julian!... (Abrazándole.)

JULIAN. ¿Aceptas?

ERNESTO. Sí.
Haga de mí lo que quiera.

TEODORA. Al fin domaste la fiera. (Á Julian.)

ERNESTO. ¡Todo por usted! (Á Julian.)

JULIAN. Así:
así te quiero. Ahora escribo
á mi buen corresponsal:
le doy como es natural
las gracias, y que concibo

el mérito extraordinario
del inglés de que hace alarde;
pero que ha llegado tarde,
porque tengo secretario.
(Dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.)
Eso ahora... pero andar
deja al tiempo... ¡Sócio luego!
(Volviendo y fingiendo que habla con misterio.)

TEODORA. ¡Calla por Dios!... te lo ruego
¡no ves que se va á espantar! (Á Don Julian.)
(Sale Don Julian por la derecha, primer término, riendo bondadosamente y mirando á Ernesto.)

ESCENA III.

TEODORA, ERNESTO. (Al final de la escena anterior comenzó á anochecer, de suerte que al llegar á este momento el salon está ya completamente oscuro.)

ERNESTO. ¡Ah! ¡que su bondad me abruma!
¿cómo pagarle, Dios mio?
(Se deja caer en el sofá profundamente conmovido. Teodora se acerca á él y queda á su lado en pié.)

TEODORA. Dando de mano al desvío
y á la desconfianza. En suma
teniendo juicio, y pensando,
que de veras le queremos,
que lo que fuimos seremos,
y en fin, Ernesto, que cuando
Julian promete, no es vana
su promesa y la mantiene,
de manera que usted tiene,
en *él*, padre, y en *mí*, hermana.

ESCENA IV.

TEODORA, ERNESTO, DOÑA MERCEDES, DON SEVERO.—(Los dos últimos se presentan por el fondo y en él se detienen. El salon á oscuras: sólo una pequeña claridad en el balcon hácia el cual se dirigen Teodora y Ernesto.)

ERNESTO. ¡Ah, que buenos son ustedes!
TEODORA. ¡Y usted que niño! De hoy más
no ha de estar triste.
ERNESTO. Jamás.
MERCEDES. (¡Qué oscuro!)... (Desde fuera en voz baja.)
SEVERO. (Lo mismo.) (Vamos Mercedes.)
MERCEDES. No hay nadie. (Pasando la puerta.)
SEVERO. (Deteniéndola.) Gente hay allí.
(Se quedan los dos en el fondo observando.)
ERNESTO. Teodora, mi vida entera,
y otras mil, gustoso diera,
por el bien que recibí.
No me debe usted juzgar
por mi carácter adusto:
de hacer alardes no gusto
de amor, pero yo sé amar,
y tambien aborrecer,
que en propios iguales modos
en mi pecho encuentran todos
lo que en él quieren poner.
MERCEDES. ¿Qué dicen? (Á Severo.)
SEVERO. Cosas extrañas
que no oigo bien. (Teodora y Ernesto siguen hablando en voz baja en el balcon.)
MERCEDES. Si es Ernesto.
SEVERO. Y ella... es ella... por supuesto.
MERCEDES. Teodora.
SEVERO. Las mismas mañas:

siempre juntos. ¡No hay paciencia!...
Y esas palabras... ¿Qué espero?

MERCEDES. Es verdad: vamos, Severo,
es ya caso de conciencia.
Todos dicen...

SEVERO. (Avanzando.) Á Julian
he de hablar hoy mismo y claro.

MERCEDES. Pero tambien es descaro
el de ese hombre.

SEVERO. ¡Voto á san!
El de él, y el de ella.

MERCEDES. ¡Infeliz!
¡es tan niña! De ella yo
me encargo.

TEODORA. ¿A otra casa? nó.
¿Dejarnos? ¡pues es feliz
la idea! No lo consiente
Julian.

SEVERO. (A Mercedes.) Ni yo, ¡vive Cristo!
(En voz alta.)
¡Eh, Teodora! ¿no me has visto?
¿Se recibe así á la gente?

TEODORA. (Separándose del balcon.)
¡Don Severo!... ¡qué placer!

MERCEDES. ¿No se come? ¿qué, no es hora?

TEODORA. ¡Ah, Mercedes!

MERCEDES. Sí, Teodora.

SEVERO. (Ap.) (¡Como finge! ¡que mujer!)

TEODORA. Pediré luces.
(Tocando un timbre que está sobre la mesa.)

SEVERO. Bien hecho:
la gente debe ver claro.

UN CRIADO. Señora... (Presentándose en el fondo.)

TEODORA. Luces, Genaro. (El criado sale.)

SEVERO. Quien sigue el camino estrecho
del deber y la lealtad,

y es siempre lo que parece,
no se apura ni enrojece
por la mucha claridad.

(Entran criados con luces: el salon queda espléndidamente iluminado.)

TEODORA. (Despues de una pequeña pausa dice con naturalidad y riendo.)
Eso me parece á mí
y á cualquiera. (Dirigiéndose á Mercedes.)

MERCEDES. Por supuesto.

SEVERO. ¡Hola, hola, Don Ernesto,
conque estaba usted aquí,
con Teodora, cuando entré! (Con intencion.)

ERNESTO. (Friamente.) Aquí estaba por lo visto.

SEVERO. Por lo visto, no, ¡por Cristo!
que en las sombras no se vé.

(Acercándose á él, dándole la mano y mirándole fijamente. Teodora y Mercedes hablan aparte.)

(Ap.) (Su color es encendida,
y parece haber llorado.
De niño y de enamorado
se llora sólo en la vida.)
¿Y Julian? (En voz alta.)

TEODORA. Pues allá dentro,
se fué á escribir una carta.

ERNESTO. (Ap.) (Aunque mi paciencia es harta,
me saca este de mi centro.)

SEVERO. Voy á verle. ¿La comida
dá tiempo? (A Teodora.)

TEODORA. Tiempo de sobra.

SEVERO. Bien: pues manos á la obra. (Ap. restregándose las manos y mirando á Teodora y á Ernesto.)
Adios. (En voz alta.)

TEODORA. Adios.

SEVERO. ¡Por mi vida!

(Ap. y mirándolos rencorosamente al salir.)

ESCENA V.

TEODORA, MERCEDES, ERNESTO.—Las dos mujeres se sientan en el sofá. Ernesto en pié.

MERCEDES. Hoy no nos ha visto usté. (Á Ernesto.)
ERNESTO. No.
MERCEDES. Ni tampoco á Pepito.
ERNESTO. No, señora.
MERCEDES. Está solito
allá arriba.
ERNESTO. (Ap.) (Que lo esté.)
MERCEDES. (Á Teodora con seriedad y misterio.)
Yo quisiera que se fuese,
porque he de hablarte...
TEODORA. ¿Tú?
MERCEDES. (Lo mismo que ántes.) Sí.
De asuntos graves.
TEODORA. Pues dí.
MERCEDES. Como no se marcha ese...
TEODORA. No te comprendo. (Todo en voz baja.)
MERCEDES. ¡Valor!
(Le coge la mano y se la estrecha afectuosamente. Teodora la mira con asombro sin comprender nada.)
Haz porque nos deje presto.
TEODORA. Si tú te empeñas...
(En voz alta) Ernesto...
Si me hiciera usté un favor...
ERNESTO. Con mil amores.
MERCEDES. (Ap.) (Con uno
y sobra.)
TEODORA. Pues... suba usté...
y á Pepito... vamos... que...
pero acaso le importuno
con este encargo.

ERNESTO. No tal.
MERCEDES. (Ap.) ¡Con qué dulzura y qué tono!
TEODORA. Que... si renovó el abono
de nuestro palco del Real
como le dije: ya sabe.
ERNESTO. Con mucho gusto: al momento.
TEODORA. Gracias, Ernesto: yo siento...
ERNESTO. ¡Por Dios! (Dirigiéndose al fondo.)
TEODORA. ¡Adios!

(Sale Ernesto por el fondo.)

ESCENA VI.

TEODORA, MERCEDES.

TEODORA. ¡Cosa grave!
¡Alarmada estoy, Mercedes!
Ese tono... ese misterio...
¿se trata?
MERCEDES. De algo muy sério.
TEODORA. ¿Pero de quién?
MERCEDES. Pues de ustedes.
TEODORA. ¿De nosotros?
MERCEDES. De Julian,
de Ernesto y de tí. Ya ves.
TEODORA. ¿De los tres?
MERCEDES. Sí: de los tres.

(Teodora contempla con asombro á Mercedes: pequeña pausa.)

TEODORA. Pues dí pronto.
MERCEDES. (Ap.) (¡Ganas dan!...
Pero no: cierro la mano
que es el asunto escabroso.)
Mira, Teodora, mi esposo (En voz alta.)
al fin del tuyo es hermano,

y de una familia todos
venimos á ser, de suerte,
que en la vida y en la muerte,
por estos ó aquellos modos,
nos debemos proteccion,
y ayuda, y consejo... es claro,
hoy yo te brindo mi amparo,
y mañana, en la ocasion,
sin sonrojos en la tez
acudimos al de ustedes.

TEODORA. Y cuenta con él, Mercedes.
Pero acaba de una vez.

MERCEDES. Hasta hoy no he querido dar,
Teodora, este paso; pero
hoy ya, me dijo Severo:
«De aquí no puede pasar;
»que de mi hermano el honor,
»cual mi propio honor estimo,
»y al ver ciertas cosas gimo
»de vergüenza y de dolor.
»Siempre indirectas oyendo,
»siempre sonrisas mirando,
»siempre los ojos bajando
»y de las gentes huyendo.
»En ésta, de infamias lid
»es necesario acabar,
»que no puedo tolerar
»lo que se dice en Madrid.»

TEODORA. ¡Sigue: sigue!

MERCEDES. Pues escucha.
(Pausa. Mercedes mira fijamente á Teodora.)

TEODORA. Vamos: ¿qué dicen, Dios mio?

MERCEDES. Mira, cuando suena el rio
agua lleva, poca ó mucha.

TEODORA. ¡No sé si suena ó no suena,
si agua lleva mucha ó poca,

sólo sé, que ya estoy loca!

MERCEDES. (Ap.) (Pobre niña, me da pena.)
(En voz alta.)
Pero en fin ¿no has comprendido?

TEODORA. ¿Yo? no.

MERCEDES. (Ap.) (Torpeza es tambien.)
¡Está en ridículo! (En voz alta y con energía.)

TEODORA. ¿Quién?

MERCEDES. ¿Quién ha de ser? Tu marido.

TEODORA. (Levantándose con ímpetu.)
¿Julian? ¡Mentira! Villano
quien habló de tal manera.
¡Ah, si Julian le tuviera
al alcance de su mano!

MERCEDES. (Calmándola y haciéndola sentar otra vez junto á ella.)
Necesitara tener
manos para mucha gente,
que si la fama no miente
todos son de un parecer.

TEODORA. Pero en fin ¿qué infamia es esa?
¿cuál el misterio profundo?
¿qué es lo que repite el mundo?

MERCEDES. ¿Conque te pesa?

TEODORA. ¡Me pesa!
¿Pero qué?

MERCEDES. Mira, Teodora,
eres muy niña: á tu edad
se cometen, sin maldad,
ligerezas... ¡y se llora
despues tanto!... ¿Todavía
no me comprendes? Dí.

TEODORA. No.
¿Por qué he de entenderte yo
si esa historia no es la mia?

MERCEDES. Es la historia de un infame,
y es la historia de una dama...

TEODORA. ¿Y ella se llama?... (Con ánsia.)
MERCEDES. Se llama...
TEODORA. ¿Qué importa como se llame?... (Conteniéndola.)

(Teodora se separa de Mercedes sin levantarse del sofá: Mercedes se le acerca á medida que habla. Este doble movimiento, de repugnancia y alejamiento en Teodora, de proteccion é insistencia en Mercedes, muy marcado.)

MERCEDES. El hombre es ruin y traidor,
y exige de la mujer,
por una hora de placer
una vida de dolor.
La deshonra del esposo,
de la familia la ruina,
y la frente que se inclina
bajo sello vergonzoso;
como social penitencia
el desprecio en los demás,
¡y Dios que castiga aún más
con la voz de la conciencia!

(Ya están al otro extremo del sofá: Teodora huye del contacto de Mercedes, inclina hácia atrás el cuerpo y se cubre el rostro con las manos: al fin ha comprendido.)

Ven á mis brazos, Teodora...
(Ap.) (¡Pobrecilla, me enternece!)
Ese hombre no te merece.
TEODORA. ¿Pero á donde va, señora
con ese arrebato ciego?
¡si no es miedo, ni es espanto:
si no hay en mis ojos llanto:
si en mis ojos sólo hay fuego!
¿Á quién oyó lo que oí?
¿Quién es ese hombre? ¡será!...
¡él acaso?...
MERCEDES. Ernesto.
TEODORA. ¡Ah!... (Pausa.)

La mujer, yo: ¿no es así?
(Señal afirmativa de Mercedes. Teodora se levanta.)
Pues escucha aunque te irrites:
cuál es más vil no sé yo:
si el mundo que lo inventó
ó tú que me lo repites.
¡Maldito el lábio mundano
que dió forma á tal idea!
¡y maldito quien la crea
por imbécil ó villano!
¡tan maldita y tan fatal,
que sólo por no arrancarla
de mi memoria y llevarla
en ella, ya soy criminal!
¡Jesús, nunca lo pensé:
Jesús, nunca lo creí:
tan desgraciado le ví
que como á hermano le amé!
Julian fué su providencia...
y él es noble y caballero...
(Deteniéndose, observando á Mercedes y volviendo el rostro.)
(Ap.) (¡Cómo me mira!.... no quiero
alabarle en su presencia.
¡De modo que ya, Dios mio,
he de fingir!) (Acongojándose visiblemente.)

MERCEDES. Vamos, calma.

TEODORA. (En voz alta.)
¡Qué angustia siento en el alma...
qué desconsuelo... y qué frio!....
¡Por la pública opinion
de esta manera manchada!...
¡Ay mi madre!... ¡madre amada!...
¡Ay Julian del corazon!
(Cae sollozanda en el sillon de la izquierda: Mercedes procura consolarla.)

MERCEDES. Yo no presumí... perdona...
no llores... Si no creía
nada sério... ¡Si sabía
que tu pasado te abona!
Pero siendo el caso así,
has de confesar tambien,
que de cada ciento, cien,
de tu Julian y de tí
dirán con justo rigor,
que fuísteis harto imprudentes
dando ocasion á las gentes
á pensar en lo peor.
Tú, jóven de veinte abriles,
Julian en su cuarentena,
y Ernesto la mente llena
de fantásticos perfiles...
en sus asuntos tu esposo,
el otro en sus fantasías,
más ocasiones que dias,
y tu pensamiento ocioso...
la gente que os vé en paseo,
la gente que os vé en el Real...
mal hizo en pensar tan mal;
pero, Teodora, yo creo
que en justicia y en razon,
en todo lo que ha pasado,
el mundo puso el pecado
y vosotros la ocasion.
La moderna sociedad,
permíteme que te diga,
que la culpa que castiga
con más saña y más crueldad,
y en forma más rica y vária
en la mujer y en el hombre,
es, Teodora, y no te asombre,
la imprudencia temeraria.

TEODORA. (Volviéndose á Mercedes; pero sin atender á su parlamento.) ¿Y dices que Julian?...
MERCEDES. Sí:
es la mofa de la córte.
Y tú...
TEODORA. De mí... no te importe.
¡Pero Julian!... ¡ay de mí!
¡tan bueno!... tan caballero!
cuando sepa...
MERCEDES. Lo sabrá,
porque ahora mismo estará
hablando con él Severo.
TEODORA. ¡Qué dices!
JULIAN. (Desde dentro.) ¡Basta!
TEODORA. ¡Dios mio!
JULIAN. ¡Que me dejes!
TEODORA. ¡Ay de mí!
Vámonos pronto de aquí...
MERCEDES. (Despues de asomarse á la primera puerta de la derecha.)
¡Sí, pronto, que es desvarío!...
(Teodora y Mercedes se dirigen hácia la izquierda.)
TEODORA. (Deteniéndose.)
Pero ¿por qué?... ¡no parece
sino que yo soy culpable!
¡La calumnia miserable
no mancha sólo, envilece!
Es engendro tan maldito,
que contra toda evidencia
se nos mete en la conciencia
con el sabor del delito!
¿Por qué de un necio terror
me oprimen los ruines lazos?
(En este momento aparecen en la puerta de la derecha, primer término, Don Julian y detrás Don Severo.)
¡Julian!
JULIAN. ¡Teodora!

(Corre á él que la oprime apasionadamente contra su pecho.) ¡En mis brazos!...
Este es tu puesto de honor.

ESCENA VII.

TEODORA, MERCEDES, JULIAN, SEVERO.—El órden de los personajes, de izquierda á derecha, es el siguiente: Mercedes, Teodora, Julian, Severo. Teodora y Julian formando un grupo: ella en los brazos de él.

JULIAN. Pase por primera vez,
y ¡vive Dios! que es pasar;
pero quien vuelva á manchar
con lágrimas esta tez, (Señalando á Teodora.)
yo juro, y no juro en vano,
que no pasa, si tal pasa,
los umbrales de esta casa,
ni áun siendo mi propio hermano.
(Pausa. Julian acaricia y consuela á Teodora.)

SEVERO. Repetí lo que la gente
murmura de tí, Julian.

JULIAN. Infamias.

SEVERO. Pues lo serán.

JULIAN. Lo son.

SEVERO. Pues deja que cuente
lo que todo el mundo sabe.

JULIAN. ¡Vilezas, mentiras, lodo!

SEVERO. Pues repetirlo...

JULIAN. No es modo
ni manera de que acabe. (Pequeña pausa.)

SEVERO. No tienes razon.

JULIAN. Razon,
y de sobra. Fuera bueno,
que me trajeses el cieno
de la calle á mi salon.

SEVERO. ¡Pues será!

JULIAN. ¡Pues no ha de ser!

SEVERO. ¡Mio es tu nombre!

JULIAN. ¡No más!

SEVERO. ¡Y tu honor!

JULIAN. Piensa que estás
delante de mi mujer.

(Pausa.)

SEVERO. (Á Julian en voz baja.)
(¡Si nuestro padre te viera!)

JULIAN. ¡Cómo!... Severo, ¿qué es esto?

MERCEDES. Silencio que viene Ernesto.

TEODORA. (Ap.) (¡Qué vergüenza!... ¡si él supiera!)...
(Teodora vuelve el rostro y lo inclina: Don Julian la mira fijamente.)

ESCENA VIII.

TEODORA, MERCEDES, JULIAN, SEVERO, ERNESTO, PEPITO: los dos últimos por el fondo.—El órden de los personajes es el siguiente, de izquierda á derecha: Mercedes, Pepito; Teodora, Don Julian, Ernesto, Severo. Es decir, que al entrar Ernesto y Pepito se separan, aquel viene al lado de Don Julian, éste al de Teodora.

ERNESTO. (Observando un instante desde el fondo el grupo de Teodora y de Don Julian.)
(Ap.) (Ella y él... no es ilusion.
¿Si será lo que temí?...
Lo que á ese imbécil oí...
(Refiriéndose á Pepito, que en este momento entra.)
No fué suya la invencion.

PEPITO. (Que ha mirado con extrañeza á uno y otro lado.)
Salud y buen apetito
porque se acerca la hora.
Aquí está el palco, Teodora.
Don Julian...

TEODORA. Gracias, Pepito.
(Tomando el palco maquinalmente.)

ERNESTO. ¿Qué tiene Teodora? (A Don Julian en voz baja.)
JULIAN. Nada.
ERNESTO. (Como ántes.) Está pálida y llorosa.
JULIAN. (Sin poder contenerse.)
No te ocupes de mi esposa.
(Pausa. Don Julian y Ernesto cruzan la mirada.)
ERNESTO. (Ap.) (¡Miserables! Fué jornada
completa.)
PEPITO. Loco de atar.
(A su madre en voz baja señalando á Ernesto.)
Porque le dí cierta broma
con su prima... toma, toma...
¡que me queria matar!
ERNESTO. (En voz alta; triste pero resuelto y con ademan noble.)
Don Julian, pensé despacio
en su generosa oferta...
y aunque mi lábio no acierta...
y anda torpe y va reacio...
y aunque conozco que yo
ya de su bondad abuso...
en fin, señor, que reuso
el puesto que me ofreció.
JULIAN. ¿Por qué?
ERNESTO. Porque soy así:
un poeta, un soñador.
Nunca mi padre, señor,
hizo carrera de mí.
Yo necesito viajar:
soy rebelde y soy inquieto;
vamos, que no me sujeto
como otros, á vegetar.
Espíritu aventurero,
me voy cual nuevo Colon...
En fin, si tengo razon,
que lo diga D. Severo.
SEVERO. Habla usted como un abismo

de ciencia y como hombre ducho.
Hace mucho tiempo, mucho,
que pensaba yo lo mismo.

JULIAN. ¿Con que sientes comezon
de mundos y de viajar?
¿Con que nos quieres dejar?
Y los medios... ¿cuáles son?

SEVERO. Él... se marcha... á donde sienta
que ha de estar más á su gusto.
Lo demás para ser justo
ha de correr de tu cuenta. (A Julian.)
Cuanto quiera... no concibo
que economice ni un cuarto.

ERNESTO. (A Severo.) Ni yo deshonras reparto,
ni yo limosnas recibo.
(Pausa.)
Pero, en fin, ello ha de ser,
y como la despedida
fuera triste, que en la vida...
quizá no les vuelva á ver,
es lo mejor que ahora mismo
nos demos un buen abrazo... (A Julian.)
y rompamos este lazo...
y perdonen mi egoismo.
(Profundamente conmovido.)

SEVERO. (Ap.) (Como se miran los dos.)

TEODORA. (Ap.) (¡Qué alma tan hermosa tiene!)

ERNESTO. Don Julian, ¿qué le detiene?
este es el último adios.

(Dirigiéndose á Don Julian con los brazos abiertos: Don Julian le recibe en los suyos y se abrazan fuertemente.)

JULIAN. No: las cosas bien miradas
ni el último, ni el primero:
es el abrazo sincero
de dos personas honradas.

De ese proyecto insensato,
no quiero que me hables más.

SEVERO. Pero ¿no se vá?

JULIAN. Jamás.
Yo no mudo á cada rato,
el punto en que me coloco,
ó aquel plan á que me ciño,
por los caprichos de un niño
ó los delirios de un loco.
Y áun fuera mayor mancilla,
el sujetar mis acciones,
á nécias murmuraciones
de la muy heróica villa.

SEVERO. Julian...

JULIAN. Basta, que la mesa
nos aguarda.

ERNESTO. ¡Padre mio!...
no puedo.

JULIAN. Pues yo confío
en que podrás. ¿Ó te pesa
mi autoridad?

ERNESTO. ¡Por favor!

JULIAN. Vamos allá que ya es hora.
Dale tú el brazo á Teodora (Á Ernesto.)
y llévala al comedor.

ERNESTO. ¡A Teodora!... (Mirándola y retrocediendo.)

TEODORA. (Lo mismo.) ¡Ernesto!...

JULIAN. Sí:
como siempre.
(Movimiento de duda y vacilacion en ambos. Al fin se acerca Ernesto, y Teodora se apoya en su brazo, pero sin mirarse, cortados, conmovidos, violentos. Todo ello queda encomendado á los actores.)
(A Pepito.) Y vamos, tú...
el tuyo... ¡por Belcebú!
á tu madre. Y junto á mí
(Pepito da el brazo á Mercedes.)

Severo, mi buen hermano:
(Apoyándose en él un momento.)
y así... en familia comer,
y que rebose el placer
con las copas en la mano!
¿Hay quién murmura? corriente:
pues que murmure ó que grite:
á mí se me dá un ardite
de lo que dice la gente.
Palacio quisiera ahora
con paredes de cristal,
y que á través del fanal
viesen á Ernesto y Teodora,
los que nos traen entre manos,
porque entendiesen así
lo que se me importa á mí
de calumnias y villanos.
Cada cual siga su suerte.
(En este momento aparece un criado con traje de etiqueta: de negro y corbata blanca.)
La comida.

CRIADO. Está servida.
(Abre la puerta del comedor: se ve la mesa, los sillones, lámpara colgada del techo, etc., en suma, una mesa y un comedor de lujo.)

JULIAN. Pues hagamos por la vida
que ya harán por nuestra muerte.
Vamos... (Invitando á que pasen.)

TEODORA. Mercedes...

MERCEDES. Teodora...

TEODORA. Ustedes...

MERCEDES. Pasen ustedes...

TEODORA. No: vé delante, Mercedes.
(Mercedes y Pepito pasan delante y se dirigen al comedor lentamente. Teodora y Ernesto quedan todavía inmóviles y como absortos en sus pensamientos. Ernesto fija en ella la vista.)

JULIAN. (Ap.) (Él la mira y ella llora.)
(Siguen muy despacio á Mercedes: Teodora vacilante deteniéndose y enjugando el llanto.)
(¿Se hablan bajo?) (Á Severo aparte.)

SEVERO. No lo sé,
pero presumo que sí.

JULIAN. ¿Por qué vuelven hácia aquí
(Ernesto y Teodora se han detenido y han vuelto la cabeza furtivamente. Despues siguen andando.)
la vista los dos?... ¿Por qué?

SEVERO. Ya vas entrando en razon.

JULIAN. ¡Voy entrando en tu locura!
¡Ah! ¡la calumnia es segura:
va derecha al corazon!
(Él y Severo se dirigen al comedor.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La escena representa una sala pequeña y excesivamente modesta, casi pobre.

Una puerta en el fondo: á la derecha del espectador otra puerta, una sola: á la izquierda un balcon.—Un estante de pino con algunos libros: una mesa: un sillon.—La mesa á la izquierda: sobreella una fotografía de Don Julian en su marco: al lado otro marco igual al anterior, pero sin ningun retrato: ambos son bastante pequeños.—Tambien sobre la mesa un quinqué apagado, un ejemplar de *La Divina Comedia* del Dante, abierto por el episodio de Francesca, y un pedazo de papel medio quemado: además papeles sueltos y el manuscrito de un drama.—Algunas sillas.—Todos los muebles pobres, en armonía con el cuarto.

Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

JULIAN, SEVERO, UN CRIADO.—(Los tres entran por el fondo.)

SEVERO. ¿No está el señor?
CRIADO. No señor,
ha salido muy temprano.
SEVERO. No importa, le esperaremos;
porque supongo que al cabo
Don Ernesto ha de venir.
CRIADO. Es lo probable, que el amo

es puntual como ninguno
y como ninguno exacto.

SEVERO. Bueno: véte.

CRIADO. Sí, señor.
Si algo mandan, fuera aguardo.
(Sale el criado por el fondo.)

ESCENA II.

JULIAN, SEVERO.

SEVERO. ¡Qué modestia! (Mirando el cuarto.)

JULIAN. ¡Qué pobreza
dirás mejor!

SEVERO. ¡Vaya un cuarto!
Una alcoba sin salida:
(Mirando por la puerta de la derecha: luego por la del foro.)
la antesala: este despacho,
y pare usted de contar.

JULIAN. Y empiece á contar el diablo,
de ingratitudes humanas,
de sentimientos bastardos,
de pasiones miserables,
de calumnias de villanos,
y no acabará jamás
aunque cuente aprisa y largo.

SEVERO. La fatalidad lo quiso.

JULIAN. Ese no es el nombre, hermano.
Lo quiso... quien yo me sé.

SEVERO. ¿Y quién es ese? ¿yo acaso?

JULIAN. Tú tambien. Y ántes que tú
los nécios desocupados,
que de mi honor y mi esposa
sin rebozo murmuraron.

Y despues yo, que cobarde,
y celoso, y ruin, y bajo,
dejé salir de mi hogar
á ese mancebo, que ha dado
pruebas de ser tan altivo,
como yo de ser ingrato.
Ingrato: ¿porque tú ves
mi ostentacion y regalo?
¿el lujo de mis salones,
de mis trenes el boato,
el crédito de mi firma,
los caudales que gozamos?
pues todo ¿sabes de dónde
procede?

SEVERO. Y hasta olvidado
lo tengo.

JULIAN. Tú lo dijiste:
el olvido: premio humano
á toda accion generosa,
á todo arranque bizarro,
que en su modesto retiro,
sin trompetas ni reclamos,
realice un hombre por otro
como amigo ó como honrado.

SEVERO. Eres injusto contigo:
tu gratitud llegó á tanto,
que tu honor y hasta tu dicha
casi le has sacrificado.
¿Qué más se puede pedir?
¿Ni qué más hiciera un santo?
Todo su término tiene:
lo bueno como lo malo.
Es orgulloso... empeñóse...
y aunque te opusiste... claro...
él es dueño de sí mismo,
de su persona y sus actos,

y una mañana dejó,
porque quiso tu palacio,
y en este zaquizamí
metióse desesperado.
Es muy triste, pero amigo,
¿quién ha podido evitarlo?

JULIAN. Todos, si estuviesen todos
atentos á sus cuidados,
y de las honras ajenas
no se llevasen pedazos,
al revolver de sus lenguas
y al señalar de sus manos.
¿Qué les importaba, dí,
que yo, cumpliendo un sagrado
deber, hiciese de Ernesto
un hijo y ella un hermano?
¿Es suficiente en mi mesa,
ó en paseo, ó en el teatro,
junto á una jóven hermosa,
ver á un mancebo gallardo,
para suponer infamias,
y para aventar escándalos?
Acaso el amor impuro,
en este mundo de barro,
es entre hombres y mujeres
único, supremo lazo?
¿No hay amistad, gratitud,
simpatía, ó tal estamos,
que juventud y belleza
sólo se unen en el fango?
Y áun suponiendo que fuese,
lo que suponen menguados,
¿qué falta me hacen los nécios
para vengar mis agravios?
Para ver tengo mis ojos,
para observar mis cuidados,

y para vengar injurias
hierro, corazon y manos.

SEVERO. Bien, pues hicieron muy mal
las gentes que murmuraron;
pero yo, que soy tu sangre,
que llevo tu nombre... vamos,
¿debí callar?

JULIAN. ¡Nó, por Dios!
pero debiste ser cauto,
y con prudencia, á mí sólo,
hablarme del triste caso
y no encender un volcan
en mi casa y en mi tálamo.

SEVERO. Pequé sólo por exceso
de cariño; pero aun cuando
reconozca yo mi culpa;
aunque confiese que el daño,
entre el muudo y yo lo hicimos,
él, infamias inventando,
y yo, recogiendo torpe
los ecos mil del escándalo;
(Acercándose á él y con expresion de interés y cariño.)
lo que es tú, Julian, estás
limpio y libre de pecado:
con que escrúpulos desecha
y ensancha tu pecho hidalgo.

JULIAN. No puedo ensanchar mi pecho,
que albergue en mi pecho he dado
á eso mismo que condenan
mi entendimiento y mis lábios.
Yo las calumnias del mundo
con indignacion rechazo:
mienten, digo á voz en cuello,
y repito por lo bajo,
«¿y si mintiendo no mienten,
y si aciertan por acaso?»

De modo que en esta lucha
de dos impulsos contrarios,
para los demás soy juez,
y soy su cómplice en tanto.
Y en mí mismo me consumo:
conmigo mismo batallo:
la duda crece y se ensancha:
ruge el corazon airado
y ante mis ojos de sangre
se extiende rojizo manto.

SEVERO. ¡Deliras!

JULIAN. Nó: no deliro:
el alma te muestro, hermano.
¿Acaso piensas que Ernesto
mi casa hubiese dejado,
si yo con firme propósito
de oponerme y de estorbarlo,
cuando él cruzó sus umbrales
le hubiera salido al paso?
Se fué, porque allá en el fondo
de mi espíritu turbado,
traidora voz resonaba
diciéndome: «deja franco
»el portillo á la salida,
»y cierra bien en pasando,
»que en fortalezas de honor
»es mal alcaide el confiado.»
Y en lo interior un deseo,
y otro deseo en los lábios:
y «vuelve, Ernesto,» en voz alta,
y «no vuelvas,» por lo bajo,
á un mismo tiempo, con él,
con apariencias de franco,
¡era hipócrita y cobarde,
era astuto y era ingrato!
Nó, Severo, no se porta

así, quien es hombre honrado.
(Se deja caer en el sillon que está junto á la mesa, mostrando gran abatimiento.)

SEVERO. Así se porta, quien cuida
á esposa de pocos años
y de expléndida hermosura,
y de espíritu exaltado,

JULIAN. ¡No hables tal de mi Teodora!
es espejo que empañamos
con nuestro aliento al querer
imprudentes acercarnos.
¡La luz del sol reflejaba,
ántes que del mundo airado,
las mil cabezas de víboras
se acercasen á mirarlo!
Hoy buyen en el cristal
dentro del divino marco;
pero sombras son sin cuerpo,
ha de espantarlas mi mano,
y otra vez verás en él
el limpio azul del espacio.

SEVERO. Mejor que mejor.

JULIAN. No así.

SEVERO. ¿Pues qué falta?

JULIAN. ¡Falta tanto!
Advierte que estas internas
luchas, que te he confesado,
han hecho de mi carácter,
otro carácter contrario.
Ahora mi esposa me ve
siempre triste, siempre huraño;
no soy el mismo que he sido,
por serlo me esfuerzo en vano;
y ella debe preguntarse
al observar este cambio:
«¿Dónde está Julian, Dios mio;

»dónde está mi esposo amado?
»¿Qué hice yo para perder
»su confianza? ¿Qué villanos
»pensamientos le preocupan
»y le arrancan de mis brazos?»
Y una sombra, entre los dos,
se va de este modo alzando
y nos separa y aleja
lentamente y paso á paso.
No ya más dulces confianzas,
no ya más coloquios plácidos,
heláronse las sonrisas,
los acentos son amargos,
en mí recelos injustos,
en Teodora triste llanto,
yo herido en mi amor, y en ella
heridos, y por mi mano,
su dignidad de mujer,
y su cariño. Así estamos.

SEVERO. Pues estamos en camino
de perdicion. Si tan claro
ves lo que pasa, ¿por qué
no pones remedio?

JULIAN. Es vano
mi esfuerzo. Yo sé que soy
injusto de ella dudando:
es más, si por hoy no dudo;
pero ¿quién dice que al cabo,
yo perdiendo poco á poco,
y él poco á poco ganando,
no será verdad mañana,
lo que hoy mentira juzgamos?

(Cogiendo por el brazo á Severo y hablándole con re concentrada energía y mal contenidos celos.)

Yo, el celoso; yo, el sombrío;
yo, el injusto; yo, el tirano;

y él, el noble y generoso;
siempre dulce y resignado;
con la aureola del martirio,
que á un mozo apuesto y gallardo
sienta tan bien á los ojos
de toda mujer, es llano,
que él lleva la mejor parte,
en este injusto reparto,
y que gana lo que pierdo,
sin que pueda remediarlo.
Esto es lo cierto: no dudes:
y agrega que con reclamos
infames, llega traidor
el mundo á los dos en tanto,
y aunque dicen con verdad
«¡pero si no nos amamos!»
á fuerza de repetirlo
acabarán por pensarlo.

SEVERO. Si así estás, mira Julian,
yo creo que lo más sano
es dejar que Ernesto lleve
todo su proyecto á cabo.

JULIAN. Pues á estorbárselo vengo.

SEVERO. Pues eres un insensato.
¿Á *Buenos-Aires* pretende
marcharse? pues ni de encargo:
váyase en buque de vela,
viento fresco y mucho trapo.

JULIAN. Y á los ojos de Teodora
¿quieres que aparezca ingrato,
y miserable, y celoso?
¿tú no sabes, pobre hermano,
que hombre á quien mujer desprecia,
podrá ser su amante al cabo,
pero que si lleva nombre
de esposo, está deshonrado?

¿Quieres que mi esposa siga,
á través del mar amargo,
con el pensamiento triste,
al infeliz desterrado?
¿No sabes, que si yo viese
sobre su mejilla el rastro
de una lágrima no más,
y pensase que era el llanto
por Ernesto, la ahogaría
entre mis crispadas manos?
(Con reconcentrado furor.)

SEVERO. ¿Pues entónces, qué debemos
hacer?

JULIAN. Sufrir: que el cuidado
de preparar desenlace
para este drama, está á cargo
del mundo que lo engendró
solamente con mirarnos;
tal su mirada es fecunda
en lo bueno y en lo malo.

SEVERO. Presumo que viene gente.
(Acercándose al fondo.)

CRIADO. No puede tardar el amo.
(Desde dentro, pero sin presentarse.)

ESCENA III.

JULIAN, SEVERO, PEPITO por el fondo.

SEVERO. ¿Tú por aquí?

PEPITO. (Ap.) (¡Toma, ya
lo supieron! me he lucido.)
(En voz alta.) Pues todos hemos venido.
Adios, tio: adios, papá.
(Ap.) (Nada: saben lo que pasa.)

(En voz alta.)
¿Con que ustedes... por supuesto,
buscando vendrán á Ernesto?

SEVERO. ¿Pues á quién en esta casa?

JULIAN. ¿Y tú estarás al corriente
de lo que trata ese loco?

PEPITO. ¿De lo qué?... Pues claro: un poco.
Sé. . lo que sabe la gente.

SEVERO. ¿Y es mañana cuando?...

PEPITO. No:
mañana se ha de marchar,
y tiene que despachar
hoy mismo.

JULIAN. (Con extrañeza.) ¿Qué dices?

PEPITO. ¿Yo?
lo que dijo Pepe Uceda
á la puerta del casino
ayer noche: y es padrino
del Vizconde de Nebreda.
Conque si él no acierta... Pero,
¡miran ustedes de un modo!...
¿Acaso no saben?...

JULIAN. Todo.
(Con resolucion previniendo un movimiento de su hermano.)

SEVERO. Nosotros...

JULIAN. (Ap.) (Calla, Severo.)
Que parte mañana oimos, (En voz alta.)
y que hoy... se juega la vida...
y á evitar duelo y partida...
como es natural, vinimos.
(En toda esta escena Don Julian finje estar enterado del lance para sonsacar á Pepito, aunque claro es que sólo venia por el viaje de Ernesto. Todos los pormenores y accidentes del diálogo quedan encomendados al talento del actor.)

SEVERO. (Ap. á Julian.) (¿Qué duelo es ese?)

JULIAN. (Ap. á Severo.) (No sé;
pero lo sabremos pronto.)
PEPITO. (Ap.) (Vamos, pues no he sido un tonto.)
JULIAN. Nosotros sabemos que...
(Con tono de estar muy enterado.)
con un Vizconde...
PEPITO. Sí tal
JULIAN. ¡Tiene Ernesto concertado
un duelo!... Nos lo ha contado
cierta persona formal
que lo supo en el instante.
¡Dicen que es grave la cosa!...
(Señales afirmativas de Pepito.)
¡Una riña escandalosa!...
¡Y mucha gente delante!... (Lo mismo.)
¡Que tú mientes!... ¡que yo miento!
¡y palabras en monton! ..
PEPITO. (Interrumpiendo con el placer y el afan del que sabe más.)
¡Palabras!... ¡un bofeton
más grande que un monumento!
SEVERO. ¿Quién á quién?
PEPITO. Ernesto al otro.
JULIAN. ¡Ernesto!... ¿no te enteraste? (Á Severo.)
Ese Vizconde dió al traste
con su paciencia. En un potro
le tuvo... Vamos... de modo...
que el pobre chico rompió.
PEPITO. Cabal.
JULIAN. Si te dije yo,
que nos lo han contado todo. (Con suficiencia.)
¿Y el lance es sério? (Con ansiedad mal contenida.)
PEPITO. Muy sério.
Pena el decirlo me dá;
pero con ustedes ya
es inútil el misterio.
JULIAN. ¿Con qué objeto, ni á qué fin?...

(Se acercan con ansiedad á Pepito, y éste hace una pausa y se dá todo el tono del que comunica una mala noticia.)

PEPITO. ¡Pues á muerte! (Les mira con aire de triunfo.)
(Movimiento de Don Julian y de Don Severo.)
Y el Vizconde
ni se espanta, ni se esconde:
¡y es un gran espadachin!

JULIAN. Y la disputa... ¿por qué?
Á Nebreda se le imputa...

PEPITO. Si casi no hubo disputa:
yo les diré como fué.
(Pausa: se acercan á Pepito con ansiedad profunda.)
Como Ernesto proyectaba
dejar mañana Madrid,
por si pasaje en el Cid
á tiempo en Cádiz lograba;
y como Luis Alcaráz
prometida le tenia
una carta, que decia
que era de efecto eficaz
como recomendacion,
á recogerla se fué
el pobre chico al café
con la mejor intencion.
No estaba el otro: le espera:
ninguno allí le conoce,
y prosiguen en el goce
sublime de la tijera,
sin reparar en su faz,
ni en sus dientes apretados
unos cuantos abonados
á la mesa de Alcaráz.
Venga gente, y caiga gente:
mano larga, y lengua lista:
¡allí se pasó revista

á todo bicho viviente!
Y en medio de aquel cotarro,
con más humo que hecha un tren,
entre la copa de ojen,
la ceniza del cigarro,
y alguno que otro terron
de azúcar, allí esparcido,
quedó el mármol convertido
en mesa de diseccion.
Cada mujer deshonrada,
una copa de lo añejo:
cada tira de pellejo
una alegre carcajada.
En cuatro tijeretazos,
dejaron aquellos chicos,
las honras hechas añicos,
las damas hechas pedazos.
Y sin embargo, ¿qué fué,
ni qué era aquello en verdad?
Ecos de la sociedad
en la mesa de un café.
Esto no lo digo yo,
ni lo pienso, por supuesto,
esto me lo dijo Ernesto,
cuando el lance me contó.

JULIAN. ¡Acaba! ¿no acabarás?

PEPITO. Por fin, entre nombre y nombre,
el nombre sonó... de un hombre,
y Ernesto no pudo más.
«¿Quién se atreve á escarnecer
á un hombre de honor?» exclama:
y le responden: «¡La dama!»
y nombran una mujer.
Brotando fuego el semblante
se arroja sobre Nebreda:
el pobre Vizconde rueda:

y es un campo de Agramante
aquel centro principal.
Resúmen de la jornada:
hoy es el duelo y á espada,
en un salon. No sé cual.

JULIAN. (Cogiéndole por un brazo con furor.)
¿Y el hombre era yo?

PEPITO. ¡Señor!

JULIAN. ¿Y Teodora la mujer?
¡Dónde fueron á caer
ella, mi nombre y mi amor!
(Se desploma sobre el sillon ocultando el rostro entre las manos.)

SEVERO. (Ap. á Pepito.) (¡Qué has hecho desventurado!

PEPITO. ¿No dijo que lo sabía?
Pues yo... por eso... creía...)

JULIAN. ¡Deshonrado! ¡deshonrado!...

SEVERO. ¡Julian! (Acercándose con cariño.)

JULIAN. Es verdad: ya sé
que es preciso tener calma...
pero ¡ay! ¡que me falta el alma
cuando me falta la fé!
(Cogiéndose á su hermano con ánsia.)
Pero ¡por qué, de este modo,
nos infaman, cielo santo!
¿Dónde hay razon para tanto
revolver y echarnos lodo?...
No importa, yo sé cumplir
como cumple un caballero.
¿Cuento contigo, Severo?

SEVERO. ¿Si cuentas?... ¡Hasta morir!
(Se aprietan la mano con energía.)

JULIAN. ¿El duelo? (Á Pepito.)

PEPITO. Á las tres.

JULIAN. (Ap.) ¡Le mato!
¡Sí... le mato!... Vamos. (Á Severo.)

SEVERO. ¿Dónde?
JULIAN. Á buscar á ese Vizconde.
SEVERO. ¿Tratas por ventura?...
JULIAN. Trato...
trato de hacer lo que puedo:
de vengar mi honra ofendida
y de salvarle la vida
al hijo de Juan Acedo.
(Á Pepito.) ¿Quiénes los padrinos son?
PEPITO. Los dos: Alcaráz y Rueda.
JULIAN. Los conozco. Aquí se queda
ese por si hay acasion (Señalando á Pepito.)
y vuelve Ernesto...
SEVERO. Entendido.
JULIAN. Tú, sin inspirar recelo,
averiguas donde el duelo
debe ser.
SEVERO. Ya lo has oido.
JULIAN. Ven.
SEVERO. Julian, ¿qué tienes?
JULIAN. ¡Gozo!
como há mucho no sentí.
(Cogiéndole el brazo nerviosamente.)
SEVERO. ¡Qué diablo, no estás en tí!
¿gozo?
JULIAN. De ver á ese mozo.
SEVERO. ¿Á Nebreda?
JULIAN. Sí: repara,
que hasta hoy la calumnia fué
impalpable, y no logré
ver como tiene la cara.
¡Y al fin sé donde se esconde:
al fin tomó cuerpo humano:
y se me viene á la mano
bajo forma de un Vizconde!
Devorando sangre y hiel

tres meses ¡por Belcebú!
y ahora... figurate tú...
¡frente á frente, yo con él!
(Salen por el fondo Julian y Severo.)

ESCENA IV.

PEPITO.

¡Pues señor, vaya un enredo!
y un enredo sin motivo.
Aunque tambien fué locura,
por más que diga mi tio,
poner bajo el mismo techo,
casi en contacto contínuo,
á una niña como un sol,
y á Ernesto, que es guapo chico,
con un alma toda fuego,
y dado al romanticismo.
Él perjura que no hay nada,
que es un afecto purísimo,
que como hermana la quiere,
y que es su padre mi tio;
pero yo, que soy muy zorro,
y que aunque jóven he visto
muchas cosas en el mundo,
de hermanazgos no me fio,
cuando los hermanos son
tan jóvenes y postizos.
Mas supongamos que sea,
como dicen, su cariño:
la gente ¿qué entiende de eso?
¿qué obligacion han suscrito
para pensar bien de nadie?
¿No los ven siempre juntitos

en el teatro, en el paseo,
á veces en el Retiro?
pues el que los vió, los vió,
y como los vió, lo dijo.
«*Que no,*» me juraba Ernesto;
que «*casi nunca*» han salido
de ese modo. ¿Fué una vez?
pues basta. Si les han visto
cien personas ese dia,
es para el caso lo mismo,
que haberse mostrado en público
no en un dia, en cien distintos.
Señor ¿ha de hacer la gente
informacion de testigos,
y confrontacion de fechas,
para averiguar si han sido
muchas veces ó una sola
cuando pasearon juntitos
su simpatía purísima
y su fraternal cariño?
Esto ni es sério, ni es justo,
y además fuera ridículo.
Lo que vieron dicen todos
y no mienten al decirlo.
Les ví una vez. —Otra yo.
Una y una, dos: de fijo.
Y yo tambien. —Ya son tres.
Y ese cuatro y aquel cinco.
Y de buena fé sumando
se llega hasta lo infinito.
Y vieron, porque miraron,
y en fin, porque los sentidos
son para usados á tiempo,
sin pensar en el vecino.
Que él se ocupe de lo suyo,
y recuerde que en el siglo

el que quita la ocasion
quita calumnia y peligro.
(Pequeña pausa.)
Y cuidado que concedo
la pureza del cariño,
y este es asunto muy grave,
porque á mis solas cavilo,
que estar cerca de Teodora
y no amarla, es ser un risco.
Él será sábio, y filósofo,
y matemático, y físico,
pero tiene cuerpo humano,
y la otra cuerpo divino,
y basta *corpo di baco*,
para cuerpo de delito.
¡Si estas paredes hablasen!
¡si los pensamientos íntimos
de Ernesto, forma tangible
tomasen, aquí esparcidos!...
Vamos á ver, por ejemplo,
aquel marco está vacío,
y en el otro Don Julian
luce su semblante típico.
Ántes estaba Teodora
pendant haciendo á mi tio,
¿por qué su fotografía
habrá desaparecido?
¿Para evitar tentaciones?
(Sentándose junto á la mesa.)
si esta es la causa, ¡malísimo!
Y peor si dejó el cuadro
para mejorar de sitio
y cerca del corazon
buscar misterioso abrigo.
Vamos á ver, ¡acusad,
de la sospecha diablillos,

que flotais por el espacio
tejiendo invisibles hilos!
¡acusad sin compasion
á ese filósofo místico!
(Mirando á la mesa y observando el infierno de Dante.)
Y esta es otra: ni una vez
á ver á Ernesto he venido,
que en su mesa no encontrase
abierto este hermoso libro.
«Dante: divina comedia» (Leyendo.)
su poema favorito.
Y no pasa del pasaje (Mirando otra vez.)
de Francesca, por lo visto.
Tiene dos explicaciones
el caso: ya lo concibo.
Ó que Ernesto no lee nunca,
ó que siempre lee lo mismo.
Pero aquí noto una mancha:
como si hubiese caido
una lágrima. ¡Señor,
qué misterios y qué abismos!
¡y qué difícil es ser
casado y vivir tranquilo!
¿Un papel hecho ceniza?...
(Recogiéndolo de la mesa ó del suelo.)
Nó, que aún queda algun vestigio.
(Se levanta y se acerca al balcon procurando leer en el pedazo de papel.
En este momento entra Ernesto y se detiene observándole.)

ESCENA V.

PEPITO, ERNESTO.

ERNESTO. ¿Qué estás mirando?
PEPITO. ¡Hola, Ernesto!

pues... un papel que flotaba...
el aire se lo llevaba...

ERNESTO. (Tomándolo y devolviéndoselo despues de un instante de observacion.)
No recuerdo lo que es esto.

PEPITO. Eran versos. Tú sabrás.
(Leyendo, pero con dificultad.)
«El fuego que me devora...»
(Ap.) (Pues, consonante á Teodora.)

ERNESTO. Cualquier cosa.

PEPITO. (Desistiendo de leer.) Y nada más.

ERNESTO. Nuestra vida simboliza
ese papel sin valor:
unos gritos de dolor,
y unos copos de ceniza.

PEPITO. ¿Pero fueron versos?

ERNESTO. Sí.
Á veces no sé qué hacer:
dejo la pluma correr...
y anoche los escribí.

PEPITO. Y para ayudar al estro,
y ponerte en situacion,
buscabas inspiracion
en el libro del maestro?

ERNESTO. Me parece...

PEPITO. No hay que hablar...
es una obra gigantesca.
Episodio de Francesca. (Señalando el libro.)

ERNESTO. (Con ironía é impaciencia.)
Hoy estás para acertar.

PEPITO. No en todo ¡por Belcebú!
ahí mismo, donde está abierto,
algo dice, que no acierto,
y que has de explicarme tú.
Leyendo un libro de amor,
por pasatiempo tan sólo,

diz que Francesca y Paolo
llegaron donde el autor,
gallardamente celebra,
demostrando no ser zote,
amores de Lanzarote,
y de la reina Ginebra.
Tal fuego, para tal roca:
trajo un beso el libro aquel,
y un beso le dió el doncel,
loco de amor en la boca.
Y en tal punto y ocasion,
el poeta florentino,
con acento peregrino,
y sublime concision,
dice, lo que aquí hallarás, (Señalando el libro.)
y lo que yo no alcancé:
que Galeoto el libro fué,
y que no leyeron más.
¿No leyeron? entendido,
y no está mi duda ahí.
Pero ese Galeoto, dí,
¿por qué sale y quién ha sido?
Y tú lo debes saber,
es el titulo del drama
(Señalando unos papeles que se supone que son el drama.)
que escribiste y tanta fama
te ha de dar. Vamos á ver.
(Coge el drama y lo examina.)

ERNESTO. De la reina y Lanzarote
fué Galeoto el medianero,
y en amores, *el tercero*
puede llamarse por mote,
y con verdad, *el Galeoto;*
sobre todo si se quiere,
evitar nombre que hiere,

y con él un alboroto.

PEPITO. Bueno: justo: lo concibo
¿pero no hay en castellano
nombre propio y á la mano?

ERNESTO. Muy propio y muy expresivo.
Este oficio que en doblones
convierte las liviandades,
y concierta voluntades
y se nutre de aficiones,
nombre tiene y yo lo sé,
pero es ponerme en un brete
hacer que diga... y concrete
(Señalando el drama.)
lo que al cabo no diré.
(Le arranca el drama y lo arroja sobre la mesa.)
En cada caso especial,
uno especial tambien noto,
pero á veces es Galeoto
toda la masa social.
Obra entónces sin conciencia
de que ejerce tal oficio,
por influjos de otro vicio
de muy distinta apariencia;
pero tal maña se dá
en vencer honra y pudor,
que otro Galeoto mayor,
ni se ha visto, ni verá.
Un hombre y una mujer
viven felices y en calma,
cumpliendo con toda el alma
uno y otro su deber.
¡Nadie repara en los dos,
y va todo á maravilla;
pero esto en la heróica villa
dura poco, vive Dios!
Porque ocurre una mañana.

que les miran al semblante,
y ya desde aquel instante,
ó por terca, ó po: villana,
se empeña la sociedad,
sin motivo y sin objeto,
en que ocultan un secreto
de impureza y liviandad.
Y ya está dicho y juzgado:
no hay razon que les convenza,
ni hombre existe que les venza,
ni honra tiene el más honrado.
Y es lo horrible de esta accion,
que razon, al empezar,
no tienen, y al acabar,
acaso tienen razon.
¡Porque atmósfera tan densa
á los míseros circunda,
tal torrente los inunda,
y es la presion tan intensa,
que se acercan sin sentir,
y se ligan sin querer,
se confunden al caer,
y se adoran al morir!
El mundo ha sido el ariete
que virtudes arruinó:
él la infamia preparó:
fué galeoto y... (Ap.) (Vete, vete
pensamiento de Satán
que tu fuego me devora!)

PEPITO. (Ap.) (¡Si discurre así Teodora
¡Dios proteja á D. Julian!)
(En voz alta.) ¿Y acaso sobre ese tema
fueron los versos de anoche?

ERNESTO. Ciertamente.

PEPITO. ¡Que derroche
su tiempo con esa flema,

y que esté... así... tan sereno...
sin ocuparse de nada,
quien ha de cruzar su espada
muy pronto sobre el terreno
con Nebreda, que en rigor,
con un florete en la mano
es mucho hombre! ¿No es más sano,
y no te fuera mejor,
preparar un golpe recto,
ó una parada en tercera,
que exprimirte la mollera
sobre tal verso incorrecto,
ó sobre tal consonante
declarado en rebeldía?
¿Con toda tu sangre fria
no piensas que estar delante
del Vizconde es sério?

ERNESTO. No.
Y en buena razon me fundo.
Si le mato, gana el mundo:
si me mata, gano yo.

PEPITO. Bueno: mejor es así.

ERNESTO. No hablemos más del asunto

PEPITO. (Ap.) (Ahora con maña pregunto...)
¿Y es hoy mismo?
(Acercándose á él y en voz más baja.)

ERNESTO. Hoy mismo: sí.

PEPITO. ¿Vais á las afueras?

ERNESTO. No.
No era posible á tal hora.
Un lance que nadie ignora...

PEPITO. ¿En alguna casa?

ERNESTO. Yo
lo propuse.

PEPITO. ¿Dónde?

ERNESTO. Arriba.

(Todo esto con frialdad é indiferencia.)
Un cuarto desalquilado:
gran salon: luz de costado...
Sin que nadie lo perciba,
mejor sitio que da un cerro
para el caso que se trata,
nos da puñado de plata.

PEPITO. ¿Y ya sólo falta?...
ERNESTO. ¡Hierro!
PEPITO. Hablan fuera... gente viene...
(Acercándose al fondo.)
¿Los padrinos? (Á Ernesto.)
ERNESTO. Podrá ser.
PEPITO. Parece voz de mujer...
(Asomándose á la puerta.)
ERNESTO. ¿Pero por qué los detiene?...
(Acercándose tambien.)

ESCENA VI.

ERNESTO, PEPITO, CRIADO.

CRIADO. Preguntan por el señor. (Con cierto misterio.)
PEPITO. ¿Quién pregunta?
CRIADO. Una señora.
ERNESTO. Es extraño.
PEPITO. ¿Pide? (En voz baja al criado.)
CRIADO. (Lo mismo á Pepito.) Llora.
PEPITO. ¿Es jóven? (En voz alta.)
CRIADO. Pues en rigor
yo no lo puedo decir:
la antesala es muy oscura,
y la señora procura
de tal manera cubrir
la cara, que el percibirla
ya es empresa y ya es trabajo,

y habla tan bajo, tan bajo,
que no hay manera de oirla

ERNESTO. ¿Quién será?

PEPITO. Quien quiere verte.

ERNESTO. No adivino...

PEPITO. (Ap.) (Está perplejo.)
Oye, á tus anchas te dejo:
un abrazo y buena suerte.
(Dándole un abrazo y tomando el sombrero.)
¿Qué esperas bobalicon? (Al criado.)

CRIADO. Que mande el señor que pase.

PEPITO. En asuntos de esta clase
se adivina la intencion.
Y despues, hasta el momento
en que salga la tapada,
no abras la puerta por nada,
aunque se hunda el firmamento.

CRIADO. ¿Conque la digo que sí?

ERNESTO. Bueno. Adios. (Á Pepito que está ya en la puerta.)

PEPITO. Adios, Ernesto.
(Salen él y el criado por el fondo.)

ERNESTO. ¿Una dama?... ¿Qué pretexto?...
¿Ó qué razon?...
(Pausa. En este momento se presenta en la puerta del fondo y en ella se detiene, cubriéndose con un velo, Teodora.)
Ya está aquí.

ESCENA VII.

TEODORA, ERNESTO. Ella en el fondo sin atreverse á avanzar: él en primer término volviéndose hácia ella.

ERNESTO. Usté hablarme deseó:
si usted se digna, señora...

(Invitándola á que pase.)

TEODORA. Perdon, Ernesto. (Levantando el velo.)

ERNESTO. ¡Teodora!

TEODORA. Hago mal ¿no es cierto?

ERNESTO. (Cortado y balbuciente.) Yo...
no lo sé... porque yo ignoro...
honra tal á qué debí...
Pero que digo ¡ay de mí!...
¡si en mi casa su decoro
ha de hallar respeto tal...
que ya más no pueda ser! (Con exaltacion.)
¿por qué, señora, temer,
que en ello pueda haber mal?

TEODORA. Por nada... y un tiempo ha sido,
¡que para siempre ha pasado!
en que, ni hubiera dudado,
ni hubiera, Ernesto, temido;
en que cruzára un salon
cualquiera, de usted cogida,
sin la frente enrojecida,
sin miedo en el corazon.
En que al partirse de aquí...
como dicen que mañana,
á la tierra americana,
parte usted... yo misma... sí...
como aquellos que se van...
acaso no han de volver...
como es tan triste perder...
un amigo... ante Julian...
ante el mundo... conmovida...
pero sin otro cuidado...
yo misma... le hubiera dado...
¡los brazos por despedida!

ERNESTO. (Hace un movimiento, luego se detiene.)
¡Ah, Teodora!...

TEODORA. Pero ahora...

presumo que no es lo mismo.
Hay entre ambos un abismo.

ERNESTO. Tiene usted razon, señora.
Ya no podemos querernos,
ni siquiera como hermanos:
ya se manchan nuestras manos,
si se aproximan al vernos.
Lo que ha sido ya se fué:
es necesario vencerse:
es preciso aborrecerse.

TEODORA. (Con ingenuidad y angustia.)
¡Aborrecernos! ¿por qué?

ERNESTO. ¡Yo aborrecerla! ¿tal dije?
¿á usted, pobre niña?

TEODORA. Sí.

ERNESTO. No haga usted caso de mí:
y si la ocasion lo exije,
y mi vida há menester,
mi vida, Teodora, pida
que dar por usted la vida
será... (Con pasion.)
(Transicion: conteniéndose y cambiando de tono.)
cumplir un deber.
(Pequeña pausa.)
¡Aborrecer! si mis lábios
dijeron palabra tal,
fué que pensaba en el mal,
que pensaba en los agravios,
que sin querer hice yo
á quien tanto bien me hacía.
Usted, Teodora, debia
aborrecerme: yo... nó.

TEODORA. (Con tristeza.) Mucho me han hecho llorar:
razon tiene usted en esto;
(Con mucha dulzura.)
pero á usted... á usted, Ernesto,

yo no le puedo acusar.
Ni pensando sin pasion
hay nadie que le condene:
porque usted ¿qué culpa tiene
de tanta murmuracion?
¿ni del ponzoñoso afan
que muestra ese mundo impío,
ni del carácter sombrío
de nuestro pobre Julian?
de su enojo, que es dolor:
de su acento que me hiere:
¡de la pena con que muere,
porque duda de mi amor!

ERNESTO. ¡Eso es lo que no concibo,
y en él, áun ménos que en otro:
lo que me pone en un potro:
lo que juro por Dios vivo,
que no es digno de merced,
ni hay pretexto que lo escude:
que exista un hombre que dude
de una mujer como usted! (Con profunda ira.)

TEODORA. ¡Bien paga su duda fiera
mi Julian!

ERNESTO. (Espantado de haber acusado á Don Julian delante de Teodora.)
¡Qué dije yo!
¿Yo acusarle?... ¡No!...
Dudó,
(Apresurándose para disculpar á Don Julian y para borrar el efecto de lo que dijo.)
como dudára cualquiera:
como duda quien adora:
si no hay cariño sin celos:
¡hasta del Dios de los cielos
hay quienes dudan, Teodora!
Es terrenal egoismo:

es que el dueño de un tesoro,
guarda su oro porque es oro,
y teme por él. Yo mismo,
si por arte sobrehumano
consiguiera hacerla mia,
¡dudaría!... ¡dudaría!...
¡hasta de mi propio hermano!
(Con creciente exaltacion: de repente se detiene al observar que otra vez, y por distinto lado, va á caer en el mismo abismo de que antes huyó. Teodora en este mismo instante oye voces hácia la puerta del fondo y se dirige á ella.)
(Ap.) (¿Á dónde vas corazon?
¿qué hay en tu seno profundo?
¡dices que calumnia el mundo,
y tú le das la razon!)

TEODORA. Escuche usted... gente viene...

ERNESTO. Las dos apénas...
(Acercándose al fondo.) ¿Serán?...

TEODORA. (Con cierto terror.) ¡Esa es la voz de Julian!...
¡Entrará!

ERNESTO. No... se detiene...

TEODORA. (Lo mismo, como preguntando á Ernesto.)
Si es Julian...
(Hace un movimiento para dirigirse á la puerta de la derecha: Ernesto la detiene respetuosa pero enérgicamente.)

ERNESTO. Si es él, aquí:
nuestra lealtad nos escuda.
Si es... esa gente que duda,
entónces, Teodora, allí.
(Señalando la puerta de la derecha.)
Nada... nada... (Escuchando.)

TEODORA. ¡El corazon
me salta!

ERNESTO. No hay que dudar.
marchóse quien quiso entrar,

ó todo fué una ilusion.
(Viniendo al primer término.)
Por Dios, Teodora...

TEODORA. (Lo mismo.) Tenía
que hablar con usted, Ernesto,
y el tiempo pasa tan presto...

ERNESTO. ¡Vuela el tiempo!

TEODORA. Y bien, decía...

ERNESTO. Teodora... perdon le pido;
pero... acaso no es prudente...
si llegase gente... y gente
debe llegar...

TEODORA. He venido
precisamente por eso...
para evitarlo.

ERNESTO. ¿De modo?...

TEODORA. De modo que lo sé todo,
y que me horroriza el peso
de esa sangre que por mí
quieren ustedes verter:
la siento en mi frente arder,
¡la siento agolparse aquí!
(Oprimiéndose el pecho.)

ERNESTO. ¡Porque afrentada se esconde!
afrentada y encendida,
hasta que arranque la vida
yo por mi mano al Vizconde.
¿Lodo quiso? ¡tendrá lodo
de sangre!

TEODORA. (Con espanto.) ¿Su muerte?

ERNESTO. Sí.
(Reprimiendo un movimiento de súplica de Teodora.)
Usted dispone de mí:
conmigo lo puede todo:
todo, con una excepcion:
¡la de lograr que yo sienta,

recordando aquella afrenta,
por Nebreda compasion!

TEODORA. (*Con acento lloroso y suplicante.*)
¿Y por mí?

ERNESTO. ¿Por usted?

TEODORA. Sí:
¡será el escándalo horrible!

ERNESTO. Es posible.

TEODORA. ¿Que es posible?
¡y lo dice usted así!
¡sin procurar evitarlo,
cuando yo misma intercedo!

ERNESTO. Evitarlo yo no puedo;
pero puedo castigarlo.
Esto pienso, y esto digo,
y esto corre de mi cuenta:
otros buscaron la afrenta,
pues yo buscaré el castigo.

TEODORA. (*Acercándose á él y en voz baja como temiendo oirse á sí misma.*)
¿Y Julian?

ERNESTO. ¿Julian? ¿y bien?...

TEODORA. ¡Si lo sabe!...

ERNESTO. Lo sabrá.

TEODORA. ¿Y qué dirá?

ERNESTO. ¿Qué dirá?

TEODORA. ¿Que en mi defensa... que quién...
pudo mostrar su valor...
sino mi esposo... que me ama?

ERNESTO. ¿En defensa de una dama?
cualquiera que tenga honor.
Sin conocerla: sin ser,
pariente, amigo, ni amante:
con escuchar es bastante
que insultan á una mujer.
¿Qué por qué á ese duelo voy?

¿qué por qué la defendí?
porque la calumnia oí
¡y porque yo soy quién soy!
¿Quién hay que defensas tase,
ni tal derecho repese?
¿no estaba yo? ¡pues quien fuese,
el primero que llegase!

TEODORA. (Que le ha oido atentamente y como dominada por el acento enérgico de Ernesto, se acerca á él y le estrecha la mano con efusion.)
¡Eso es noble y es honrado
y es digno de usted Ernesto!...
(Se detiene, se aleja de Ernesto y dice tristemente lo que sigue.)
pero mi Julian con esto,
Ernesto, queda humillado.
(Con profunda conviccion.)

ERNESTO. ¿Él humillado?

TEODORA. Sí á fé.

ERNESTO. ¿Por qué razon?

TEODORA. Sin razon.

ERNESTO. ¿Quién lo dirá?

TEODORA. La opinion
de todos.

ERNESTO. ¿Pero, por qué?

TEODORA. Cuando llegue hasta la gente
que un insulto he recibido,
y que mi esposo no ha sido
quien ha dado al insolente
su castigo... y además
(Bajando la voz y la cabeza y huyendo la mirada de Ernesto.)
que usted su puesto ha tomado,
sobre el escándalo dado,
habrá otro escándalo más.

ERNESTO. (Convencido, pero protestando.)
Si en lo que hayan de decir

hay que pensar para todo,
vive Dios que ya no hay modo
ni manera de vivir.

TEODORA. Pero es como digo yo.

ERNESTO. Es así; pero es horrible.

TEODORA. ¡Pues ceda usted!

ERNESTO. Imposible.

TEODORA. ¡Yo se lo suplico!

ERNESTO. Nó.
Y bien mirado, Teodora,
más vale que ante Nebreda,
suceda lo que suceda,
que lo que ha de ser se ignora,
acuda yo; porque al fin,
á ese Vizconde malvado,
lo que le falta de honrado,
le sobra de espadachin.

TEODORA. (Algo herida de la especie de proteccion, un tanto humillante, que Ernesto dispensa á Don Julian.)
Corazon tiene tambien
mi esposo.

ERNESTO. ¡Suerte fatal!...
Ó yo me explico muy mal,
ó usted no me entiende bien.
Yo conozco su valor,
pero entre hombres de coraje,
cuando hay un sangriento ultraje
á la fama ó al honor,
no se puede adivinar
lo que puede suceder:
ni quién llegará á caer,
ni quién logrará matar.
Y si ese hombre, en conclusion,
vence en el lance funesto,
entre Don Julian y Ernesto,
no es dudosa la eleccion.

(Con sinceridad, pero con tristeza.)

TEODORA. (Con verdadera angustia.)
¿Usted?... ¡Eso nó!... ¡Tampoco!

ERNESTO. ¿Por qué? si es esa mi suerte...
Nadie pierde con mi muerte
y yo mismo pierdo poco.

TEODORA. (Casi sin poder contener el llanto.)
¡No diga usté eso por Dios!...

ERNESTO. ¿Pues qué dejo yo en el mundo?
¿qué amistad, qué amor profundo?
¡qué mujer seguirá en pos
de mi cadáver, llorando
con llanto de enamorada!...

TEODORA. (Sin poder contener las lágrimas.)
Toda la noche pasada...
por usté estuve rezando...
y dice usted que ninguno...
¡Yo no quiero que usted muera!
(Con explosion.)

ERNESTO. ¡Ah!... ¡se reza por cualquiera!
¡sólo se llora por uno! (Con pasion.)

TEODORA. ¡Ernesto!... (Con extrañeza.)

ERNESTO. (Asustado de sus propias frases.)
¿Qué?

TEODORA. (Separándose de él.) Nada...

ERNESTO. (Con timidez: bajando la cabeza y huyendo tambien de Teodora.)
Sí...
si ya le dije hace rato...
que yo soy un insensato...
no haga usted caso de mí.
(Pausa: quedan silenciosos, pensativos: léjos uno de otro y sin osar mirarse.)

TEODORA. ¡Otra vez! (Señalando hácia el fondo.)

ERNESTO. (Siguiendo el movimiento de Teodora.)
¡Gente ha venido!...

TEODORA. (Acercándose al fondo y prestando oido.)
Y quieren entrar...
ERNESTO. (Lo mismo.) No hay duda.
¡Allí Teodora!... (Señalándole el cuarto.)
TEODORA. ¡Me escuda
mi honor!
ERNESTO. Si no es su marido.
TEODORA. ¡No es Julian!
ERNESTO. No. (Llevándola á la derecha.)
TEODORA. Yo esperaba...
(Deteniéndose junto á la puerta y suplicante.)
Renuncie usted á ese duelo.
ERNESTO. Si he llegado ¡vive el cielo!
á su rostro...
TEODORA. ¡Lo ignoraba!...
(Con desesperacion; pero comprendiendo que todo arreglo es imposible.)
¡Pues huya usted!
ERNESTO. ¡Que huya yo!
TEODORA. ¡Por mí! ¡por él! ¡por Dios vivo!
ERNESTO. Odiarme... sí... ¡lo concibo!
¡Pero despreciarme!... ¡nó! (Con desesperacion.)
TEODORA. Una palabra no más.
¿Vienen por usted?
ERNESTO. No es hora.
TEODORA. ¿Lo jura usted?
ERNESTO. Sí, Teodora.
¿Me aborrece usted?
TEODORA. ¡Jamás!
PEPITO. (Desde fuera.) Nada... ¡verle necesito!...
ERNESTO. ¡Pronto!
TEODORA. Sí. (Entra por la derecha.)
PEPITO. ¿Quién se me opone?
ERNESTO. ¡Ah! la calumnia se impone
y hace verdad el delito.

ESCENA VIII.

ERNESTO, PEPITO: (Éste por el fondo, sin sombrero y profundamente agitado.)

PEPITO. ¡Vete al infierno!... ¡entraré!
¡Ernesto!... ¡Ernesto!...

ERNESTO. ¿Qué pasa?

PEPITO. Yo no sé como decirlo...
y es necesario...

ERNESTO. Pues habla.

PEPITO. ¡La cabeza me dá vueltas!
¡Jesús! ¡Jesús! ¡quién pensára!

ERNESTO. Pronto y claro, ¿qué sucede?

PEPITO. ¿Qué sucede? ¡una desgracia!
Supo Don Julian del duelo: (Muy rápido.)
vino á buscarte, no estabas:
se fué á ver á tus padrinos,
y todos juntos á casa
del Vizconde.

ERNESTO. ¿De Nebreda?
¿pero cómo?

PEPITO. ¡Vaya en gracia!
como quiso Don Julian
que era tromba que arrastraba
voluntades, conveniencias...
todo, todo...

ERNESTO. ¡Sigue, acaba!

PEPITO. (Separándose de Ernesto y acercándose al fondo.)
Ya suben...

ERNESTO. ¿Quiénes?

PEPITO. Pues ellos...
Le traen en brazos... (Asomándose.)

ERNESTO. ¡Me espanta
lo que dices!... ¡Sigue!... ¡pronto!

(Cogiéndole con violencia y trayéndole al primer término.)

PEPITO. Le obligó á batirse: nada,
no hubo medio: y el Vizconde
dijo, «pues los dos.» Y á casa:
á la tuya... Don Julian
sube: tú fámulo atranca
la puerta y jura que tú
con una señora estabas
y que no entra nadie, nadie.

ERNESTO. ¿Y entónces?...

PEPITO. Don Julian baja
diciendo: «mejor, á mí
por entero la jornada.»
Y él, Nebreda, los padrinos,
mi padre, y yo que llegaba,
arriba todos... ya sabes...

ERNESTO. ¿Y se han batido?

PEPITO. ¡Con rábia!
¡con furor! como dos hombres
que van buscando con ánsia,
un corazon que aborrecen
tras la punta de una espada.

ERNESTO. ¿Y Don Julian?... ¡Nó!... ¡mentira!

PEPITO. Ya están aquí.

ERNESTO. ¡Calla! ¡calla!
¡dí quién es!... ¡y dílo bajo!

PEPITO. Por acá.

(Se presentan en el fondo Don Julian, Don Severo y Rueda. Traen á Don Julian mal herido entre los otros dos. El órden de izquierda á derecha es: Severo, Julian, Rueda.)

ERNESTO. ¡Jesús me valga!

ESCENA IX.

ERNESTO, DON JULIAN, DON SEVERO, PEPITO, RUEDA.

ERNESTO. ¡Don Julian!... ¡mi bienhechor!
¡mi amigo!... ¡mi padre!
(Precipitándose á su encuentro llorando.)

JULIAN. (Con voz débil.) Ernesto...

ERNESTO. ¡Maldito yo!

SEVERO. Vamos presto.

ERNESTO. ¡Padre!

SEVERO. ¡Le vence el dolor!

ERNESTO. ¡Por mí!

JULIAN. No es cierto...

ERNESTO. ¡Por mí!...
¡perdon!
(Cogiéndole la mano á Don Julian por el lado de la derecha, y arrodillándose ó inclinándose.)

JULIAN. No lo has menester.
Cumpliste con tu deber:
yo con mi deber cumplí.

SEVERO. ¡Un lecho! (Suelta á Julian: le sustituye Pepito.)

PEPITO. (Señalando la puerta de la derecha.)
¡Vamos á entrar!

ERNESTO. ¡Nebreda!... (Con acento terrible.)

SEVERO. No más locura,
¿ó es que quieres por ventura
acabarlo de matar?

ERNESTO. ¡Locura!... ¡Veremos!... ¡Oh! (Frenético.)
¡Vengan dos... es mi derecho!
(Precipitándose hácia el fondo.)

SEVERO. (Dirigiéndose á la derecha.)
A tu alcoba y en tu lecho...
(Ernesto que ya estaba en el fondo se detiene espantado.)

ERNESTO. ¿A dónde?
SEVERO. A dentro.
PEPITO. ¡Sí!
ERNESTO. ¡Nó!

(Se precipita y cubre la puerta con su cuerpo. El grupo que conduce á Don Julian casi desfallecido se detiene mostrando asombro.)

SEVERO. ¿Tú le niegas?
PEPITO. ¡Estás loco!
SEVERO. ¡Aparta!... ¿No ves?... ¡se muere!
JULIAN. ¡Pero qué dice!... ¡no quiere!...

(Incorporándose y mirando con mezcla de asombro y espanto á Ernesto.)

RUEDA. ¡No comprendo!
PEPITO. ¡Yo tampoco!
ERNESTO. ¡Está muriendo!... ¡y me implora!...
¡y duda!... ¡¡padre!!...
SEVERO. ¡Ha de ser!

(Por encima del hombro de Ernesto empuja la puerta: Teodora se presenta.)

ERNESTO. ¡Jesús!
SEVERO. } ¡Ella!
PEPITO. }
RUEDA. ¡Una mujer!
TEODORA. (Precipitándose sobre él y abrazándole.)
¡Mi Julian!
JULIAN. (Separándola para mirarla y por un violento esfuerzo poniéndose en pié y desprendiéndose de todos.)
¿Quién es?
¡¡Teodora!!

(Cae sin sentido en tierra.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primer acto: en vez de sofá una butaca. Es de noche: un quinqué encendido sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

PEPITO escuchando en la puerta de la derecha segundo término: despues viene al centro.

Al fin la crísis pasó,
ó al ménos no se oye nada.
¡Pobre Don Julian! muy grave:
muy grave. De la balanza
está en el fiel su existencia:
á un lado la muerte aguarda,
y al otro lado, otra muerte:
¡la del honor, la del alma!
Dos abismos más profundos,
que un amor sin esperanza.
¡Diablo! ¡que me voy volviendo,
con las tragedias de casa,
más romántico que el otro
con sus coplas y sus dramas!
¡Qué! ¡si tengo la cabeza
hecha toda un panorama,

de escándalos, desafíos,
muertes, traiciones é infamias!
¡Jesús, qué dia! ¡y qué noche!
¡y lo peor es lo que falta!
(Pequeña pausa.)
¡Vamos, que tambien ha sido
imprudencia temeraria,
en tal estado sacarle...
y traerle... pero vaya!...
¿quién á mi tio se opone
cuando entre las dos arcadas
poderosas de sus cejas
una idea se le graba?
Y hay que darle la razon:
ninguna persona honrada
teniendo un soplo de vida,
en tal caso y en tal casa,
se hubiera quedado. Y él,
es hombre de temple y alma.
¿Quién viene?... (Acercándose al fondo.)
Mi madre. Sí.

ESCENA II.

PEPITO, MERCEDES por el fondo.

MERCEDES. ¿Y Severo?
PEPITO. No se aparta
ni un momento de su hermano.
Mucho pensé que le amaba,
pero á tanto no creí
que su cariño llegara.
¡Si sucede lo que temo!...
MERCEDES. ¿Y tu tio?
PEPITO. Sufre y calla.

Algunas veces, «¡Teodora!»
dice con voz ronca y áspera.
«¡Ernesto!» dice otras veces,
y entre las manos la sábana
arruga. Despues se queda
inmóvil como una estátua,
en el espacio vacío
fija tenaz la mirada,
y helado sudor de muerte
su frente copioso baña.
De pronto la calentura
vigor le presta: en la cama
se incorpora: escucha atento:
dice que *ella* y *él* le aguardan:
se arroja, quiere venir,
y sólo á fuerza de lágrimas
y de súplicas, mi padre
consigue calmar sus ánsias.
¿Calmar? nó; ¡que por sus venas
lleva su sangre abrasada,
las iras del corazon,
del pensamiento las llamas!
Vamos, madre, que da angustia
ver la contraccion amarga
de su boca: ver sus dedos
crispados como dos garras:
y aquel cabello en desórden:
y aquellas pupilas anchas,
que parece que codician,
y beben desesperadas,
todas las sombras que flotan
alrededor de la estancia.

MERCEDES. ¿Y tu padre al verle?...

PEPITO. ¡Gime,
y jura tomar venganza!
y tambien dice «¡Teodora!»,

y tambien «¡Ernesto!» clama;
¡quiera Dios no los encuentre,
porque si los encontrara,
quién sus enojos disipa,
quién sus furores ataja!

MERCEDES. Tu padre es muy bueno.

PEPITO. Mucho.
Pero con un génio ¡vaya!...

MERCEDES. Eso sí. Muy pocas veces,
muy pocas veces se enfada,
pero como llegué el caso...

PEPITO. ¡Es un tigre de Bengala!...
salvo el respeto debido.

MERCEDES. Siempre con razon sobrada.

PEPITO. No sé si siempre la tiene;
pero esta vez no le falta.
¿Y Teodora?

MERCEDES. Arriba queda.
Quiso bajar... ¡y lloraba!...
¡una Magdalena!...

PEPITO. ¡Ya!
¿arrepentida ó liviana?

MERCEDES. No digas eso: ¡infeliz!
¡si es una niña!

PEPITO. Que mata,
inocente y candorosa,
dulce, purísima y mansa,
á Don Julian. De manera,
que si vale tu palabra,
y es una niña, y tal hace
casi al borde de la infancia,
deja á los años correr
y Dios nos tenga en su gracia.

MERCEDES. Ella casi no es culpable.
Tu amiguito: el de los dramas:
el poeta, el soñador...

¡el infame! fué la causa
de todo.

PEPITO. Si no lo niego.

MERCEDES. ¿Y por dónde anda?

PEPITO. ¡Pues anda!
Ernesto á estas horas corre
por las calles y las plazas,
huyendo de su conciencia
y sin poder evitarla.

MERCEDES. ¿Pero la tiene?

PEPITO. Es posible.

MERCEDES. ¡Qué tristezas!

PEPITO. ¡Qué desgracias!

MERCEDES. ¡Qué desengaño!

PEPITO. ¡Cruel!

MERCEDES. ¡Qué traicion!

PEPITO. ¡De mano airada!

MERCEDES. ¡Qué escándalo!

PEPITO. ¡Sin igual!

MERCEDES. ¡Pobre Julian!

PEPITO. ¡Suerte aciaga!

ESCENA III.

MERCEDES, PEPITO, CRIADO.

CRIADO. Don Ernesto.

MERCEDES. ¡Y él se atreve!...

PEPITO. ¡Es osadía qué pasma!

CRIADO. Yo pensé...

PEPITO. Pensaste mal.

CRIADO. Viene sólo de pasada.
Al cochero que traía,
le dijo: «Ya salgo: aguarda.»
De modo...

PEPITO. (Consultando con su madre.)

¿Qué hacer? (Sale el criado.)

MERCEDES. Que pase.

PEPITO. Yo le despido.

MERCEDES. Con maña.

ESCENA IV.

MERCEDES, PEPITO, ERNESTO por el fondo. Mercedes sentada en la butaca: al otro lado, en pié, Pepito: en segundo término Ernesto, sin que nadie se vuelva á saludarle.

ERNESTO. (Aparte.)
(¡Desden: silencio hostíl: asombro mudo!
¡Prodigio de maldad y de insolencia
seré desde hoy, sin culpa que me manche...
para todos!... ¡que todos me desprecian!)

PEPITO. Escucha, Ernesto.
(Volviéndose hácia él y con acento duro.)

ERNESTO. ¿Qué?

PEPITO. (Lo mismo.) Quiero decirte...

ERNESTO. ¿Que salga acaso?

PEPITO. (Cambiando de tono.) ¡Yo!... ¡Jesús, que idea!...
Era... no más... que preguntar... si es [cierto...
(Como buscando algo que decir.)
que despues... al Vizconde...

ERNESTO. (Con voz sombría y bajando la cabeza.)
Sí.

PEPITO. ¿Tu diestra?...

ERNESTO. Salí loco... bajaban... los detuve...
Subimos otra vez... cierro la puerta.
Dos hombres... dos testigos... dos espa- [das...
Despues... no sé... dos hierros que se es- [trechan...
¡un grito!... ¡un golpe!... un ¡ay!... san- [gre que brota...

un asesino en pié... y un hombre en tierra.
PEPITO. ¡Qué diablo! tiras bien. ¿Oye usted, ma-
MERCEDES. ¡Más sangre aún! [dre?
PEPITO. Lo mereció Nebreda.
ERNESTO. (Acercándose.)
¡Mercedes, por piedad!... ¡una palabra!
¿Don Julian?... ¿Don Julian?... Si usted [supiera
¡cual es mi angustia... mi dolor!... ¿Qué [dicen?
MERCEDES. Que la herida mortal dentro la lleva
y más se encona cuanto más al lecho
de muerte y de dolor usted se acerca.
Salga usted de esta casa.
ERNESTO. Quiero verle.
MERCEDES. Salga usted pronto.
ERNESTO. Nó.
PEPITO. ¡Tal insolencia!...
ERNESTO. Es muy digna de mí. (Á Pepito.)
(Á Mercedes con tono respetuoso.) Perdon, señora:
soy como quieren los demás que sea.
MERCEDES. ¡Por Dios, Ernesto!
ERNESTO. Mire usted, Mercedes,
cuando á un hombre cual yo se le atrope-
y sin razon se le declara infame, [lla,
y al crímen se le obliga y se le lleva,
la lucha es peligrosa... para todos;
pero no para mí, que en lucha fiera
con invisibles séres, he perdido
honra, cariño, amor, y no me resta
ya por perder más que girones tristes
de insípida y monótona existencia.
Sólo vine á saber si hay esperanza...
¡no más! ¡no más!... pues bien, ¿por qué
este consuelo? [me niegan
(Suplicando á Mercedes.)

¡Una palabra!

MERCEDES. Vamos...
dicen... que está mejor.

ERNESTO. ¿Pero de veras?...
¿No me engañan?... ¿Es cierto?... ¿Lo ase-
[guran?...
¡Usted es compasiva!... ¡Usted es buena!...
¿Será verdad?... ¿será verdad, Dios mio?...
¡Que se salve, señor!... ¡que no se muera!
¡que torne á ser feliz!... ¡que me perdone!
¡que me abrace otra vez!... ¡que yo le vea!
(Cae en el sillon próximo á la mesa, y oculta el rostro entre las manos sollozando. Pausa.)

MERCEDES. Si oye tu padre... si tu padre viene...
(Se levanta Mercedes, y ella y Pepito se acercan á Ernesto.)
¡Juicio!... ¡Valor!... (Á Ernesto.)

PEPITO. ¡Qué un hombre llanto vierta!
(Ap.) (¡Estos séres nerviosos son terribles:
lloran y matan por igual manera!)

ERNESTO. Si llanto vierto, si el sollozo acude
á mi garganta en convulsion histérica,
si débil soy, como mujer ó niño,
no piensen que es por mí. ¡Por él! ¡por ella!
por su dicha perdida; por su nombre,
manchado para siempre; por la afrenta
que á cambio de su amor y beneficios
les dió... ¡no mi maldad! ¡mi suerte negra!
¡Por eso lloro! y si el pasado triste
con lágrimas ¡ay Dios! borrar pudiera,
en lágrimas mi sangre trocaría
sin dejar una gota por mis venas!

MERCEDES. ¡Silencio por piedad!

PEPITO. Luego más tarde
hablaremos de llantos y tristezas.

ERNESTO. Si todos hablan hoy ¿por qué nosotros

no hemos de hablar tambien? La villa ente-
es hervidero y torbellino móvil [ra
que llama, absorbe, atrae, devora, anega
tres honras, y tres nombres, y tres séres,
y entre espumas de risa se los lleva,
por canalizos de miseria humana,
al abismo social de la vergüenza,
y en él hunde por siempre de los tristes
el porvenir, la fama y la conciencia!

MERCEDES. Más bajo, Ernesto.

ERNESTO. No: si ya son voces,
si murmullos no son: ¡si el aire atruenan!
Ya nadie ignora el trágico suceso,
mas cada cual lo dice á su manera.
Todo se sabe siempre ¡gran prodigio!
mas nunca la verdad ¡suerte funesta!
(Ernesto en pié: á su lado y mostrando interés por saber lo que corre por la villa, Mercedes y Pepito.)
Los unos, que en mi casa sorprendida
Teodora por su esposo, yo con ciega
furia le arremetí, y al noble pecho
infame hierro le asestó mi diestra.
Los otros, mis amigos por lo visto,
de asesino vulgar al fin me elevan
á más noble region: yo le dí muerte,
pero en lucha leal... ¡un duelo en regla!
Hay sin embargo quien la historia sabe
con más exactitud, y *ese* ya cuenta,
que tomó Don Julian mi vez y puesto
en el pactado lance con Nebreda.
¡Llegué tarde!... por cálculo ó pavura,
ó porque en brazos... ¡Nó! mis lábios quema
la frase impura, y mi cerebro loco
es todo llamas que volcan semejan.
Buscad lo que más mancha: lo más bajo:
lo más infame: lo que más subleva:

lodos del corazon, cienos del alma,
escoria vil de míseras conciencias;
echadlo al viento, que las calles cruza,
con ello salpicad lábios y lenguas,
y la historia tendreis de este suceso,
y encontrareis en ella lo que resta
de dos hombres de honor y de una dama
cuando sus honras por la villa ruedan!

MERCEDES. Es triste, no lo niego; pero acaso
no todo es culpa en la opinion ajena.

PEPITO. Fué Teodora á tu casa... en ella estaba...

ERNESTO. Para evitar el duelo con Nebreda.

PEPITO. ¿Pues por qué se ocultó?

ERNESTO. Porque temimos
que fuese mal juzgada su presencia.

PEPITO. La explicacion es fácil y sencilla:
lo difícil, Ernesto, es que la crean;
porque hay otra más fácil y más llana...

ERNESTO. ¡Y que deshonra más! ¡y esa es la buena!

PEPITO. Pues concede que al ménos en Teodora
si malicia no fué... fué ligereza.

ERNESTO. ¡El delito es prudente y cauteloso!
¡en cambio que imprudente la inocencia!

PEPITO. Pues mira, sólo hay ángeles y santos
como apliques á todos esa regla.

ERNESTO. Pues bien; tienes razon: tales calumnias
¿qué importan, ni qué valen, ni qué pesan?
Lo horrible es que se mancha el pensa-
al ruin contacto de la ruin idea! [miento
¡Qué á fuerza de pensar en el delito
llega á ser familiar á la conciencia!
Que se vé repugnante y espantoso...
¡pero se vé!... ¡de noche en la tiniebla!...
¡Esto sí!...
(AP.) (¿Pero qué?... ¿Por que me escuchan
con curiosa mirada y faz suspensa?)

(En voz alta.) Yo soy quien soy: mi nombre
[es nombre honrado:
si sólo por mentir maté á Nebreda,
¿por trocar en verdades sus calumnias
yo, conmigo culpable, qué no hiciera?

PEPITO. (¡Y negaba!... Si es claro.) (Ap. á Mercedes.)

MERCEDES. (Ap. á Pepito.) (Hay estravío.)

PEPITO. (Lo que hay en puridad es que confiesa.)

MERCEDES. (En voz alta.)
Retírese usté Ernesto.

ERNESTO. No es posible.
Si yo esta noche léjos estuviera
de aquel lecho... señora, perdería
el juicio!... ¡la razon!...

MERCEDES. ¿Pero si llega
Severo, y si le vé?...

ERNESTO. ¿Y qué me importa?
Él es hombre leal... ¡mejor!... ¡que venga!
Huye quien teme: y teme quien engaña:
y no es fácil que yo, ni huya, ni tema.

PEPITO. Pues se acercan. (Despues de escuchar.)

MERCEDES. ¡Es él!

PEPITO. (Yendo al fondo.) No es él. Teodora.

ERNESTO. ¡Es Teodora!... ¡Teodora!... ¡Quiero verla!

MERCEDES. ¡Ernesto! (Con severidad.)

PEPITO. ¡Ernesto!

ERNESTO. Sí... para pedirle
que me perdone.

MERCEDES. ¿Usted no considera?...

ERNESTO. Lo considero todo y lo comprendo.
¿Juntos los dos?... ¡Ah! nó. Basta: no teman.
Dar por ella mi sangre: dar mi vida:
mi porvenir, mi honor, y mi conciencia!...
pero ¿vernos?... jamás: ya no es posible.
¡Vapor de sangre entre los dos se eleva!
(Sale por la izquierda.)

ESCENA V.

MERCEDES, PEPITO.

MERCEDES. Déjame á solas con ella.
Vete con tu padre adentro.
Quiero llegar hasta el centro
de su corazon. Y mella
le han de hacer, lo sé de sobra,
mis palabras.

PEPITO. Pues las dos
os quedais.

MERCEDES. Adios.

PEPITO. Adios.
(Sale por la derecha, segundo término.)

MERCEDES. Pongamos mi plan por obra.

ESCENA VI.

TEODORA, MERCEDES. Teodora entra tímidamente, se detiene junto á la puerta de Don Julian (segundo término, derecha) y escucha con ánsia ahogando con el pañuelo sus sollozos.

MERCEDES. Teodora...

TEODORA. ¿Eres tú?...
(Viniendo á su encuentro.)

MERCEDES. Valor.
Con llorar ¿qué se consigue?

TEODORA. ¿Cómo sigue?... ¿cómo sigue?
¡La verdad!

MERCEDES. Mucho mejor.

TEODORA. ¿Se salvará?

MERCEDES. Ya lo creo.

TEODORA. ¡Mi vida por él, Dios mio!

MERCEDES (La trae cariñosamente al primer término.)
Y despues... despues confío
en tu juicio...; que harto veo
por tu llanto y tu ansiedad
tu arrepentimiento.

TEODORA. Sí:
(Mercedes asiente y parece satisfecha.)
hice muy mal ¡ay de mí!
en ir á verle: es verdad.
(Desagrado de Mercedes al ver que no es la clase de arrepentimiento que creia.)
Pero anoche me dijiste
lo del insulto y el duelo...
Yo te agradezco ese celo,
aunque el daño que me hiciste,
no lo puedes sospechar,
ni explicártelo sabría:
¡ay qué noche, madre mia!
(Cruzando las manos y mirando al cielo.)
¡qué gemir, qué delirar!
¡De mi Julian los enojos!...
¡el escándalo!.. ¡la afrenta!...
¡la sangre!... ¡la lid violenta!...
¡todo pasó ánte mis ojos!
Y tambien el pobre Ernesto,
muriendo tal vez por mí...
¿Por qué me miras así?
¿Pero qué mal hay en esto?
¿Es que no estás convencida?
¿Piensas como los demás?

MERCEDES. (Con tono seco.) Pienso que estaba demás
que temieses por la vida
de ese jóven.

TEODORA. Nó: Nebreda
es famoso espadachin!
Ya ves... mi Julian...

MERCEDES. Al fin
tu Julian vengado queda,
y el espadachin tendido
de un golpe en el corazon;
de suerte que sin razon
(Con intencion y dureza.)
has llorado y has temido.
TEODORA. ¿Y fué Ernesto?... (Con interés.)
MERCEDES. Ernesto, sí.
TEODORA. ¡Al Vizconde!
MERCEDES. Frente á frente.
TEODORA. (Sin poder dominarse.)
¡Ah! ¡qué noble y qué valiente!
MERCEDES. ¡Teodora!
TEODORA. ¿Qué quieres? dí.
MERCEDES. (Con severidad.) Te adivino el pensamiento.
TEODORA. ¿Mi pensamiento?
MERCEDES. Sí.
TEODORA. ¿Cuál?
MERCEDES. ¡Bien lo sabes!
TEODORA. Hice mal
al demostrar mi contento
por ver á Julian vengado:
mas del alma impulso ha sido
que refrenar no he podido.
MERCEDES. No es eso lo que has pensado.
TEODORA. ¿Pero tú lo has de saber
mejor que yo misma?
MERCEDES. (Con profunda intencion.) Mira,
cuando mucho el alma admira
va camino del querer.
TEODORA. ¡Que yo admiro!
MERCEDES. La bravura
de ese mozo.
TEODORA. ¡Su nobleza!
MERCEDES. Dá lo mismo, así se empieza.

TEODORA. ¡Eso es delirio!
MERCEDES. ¡Es locura!
pero en tí.
TEODORA. ¡No cede!... ¡no!
¡Siempre esa idea maldita!...
¡Lástima inmensa, infinita!
eso es lo que siento yo.
MERCEDES. ¿Por quién?
TEODORA. ¿Por quién ha de ser?
por Julian.
MERCEDES. ¿Nunca has oido
que van lástima y olvido
á la par en la mujer?
TEODORA. ¡Calla por Dios!... ¡por piedad!
MERCEDES. Quiero alumbrar tu conciencia
con la voz de mi experiencia
y la luz de la verdad.
(Pausa.)
TEODORA. Te escucho, y al escucharte,
no mi madre, no mi hermana,
no mi amiga, me parece,
tal me suenan tus palabras,
que Satanás por tus lábios
aconseja, inspira y habla.
¿Por qué quieres convencerme,
que mengua y mengua en el alma,
el cariño de mi esposo,
y que en ella impuro se alza
otro cariño rival
con fuego que quema y mancha?
¡Si yo quiero como quise!
Si yo diera hasta agotarla
toda la sangre que corre
por mis venas y me abrasa,
por sólo un punto de vida
(Señalando hácia el cuarto de Don Julian.)

de aquel de quien me separan.
Si yo entraría ahora mismo,
si tu esposo me dejara,
y en mis brazos á Julian,
inundándolo de lágrimas,
con cariño tan entero
y tal pasion estrechara,
que se fundieran sus dudas
al calor de nuestras almas!
Y porque á Julian adore
¿he de aborrecer ingrata
al que noble, generoso
por mí su vida arriesgaba?
¿Y no aborrecerle es ya
amarle? ¡Jesús me valga!...
Tales cosas piensa el mundo,
oigo historias tan extrañas,
tan tristes sucesos miro,
tales calumnias me amagan,
que á veces dudo de mí,
y me pregunto espantada,
¿seré lo que dicen todos?
¿llevaré pasion bastarda
en el fondo de mi ser,
quemándome las entrañas,
y sin saberlo yo misma,
en hora triste y menguada,
por potencias y sentidos
brotará la infame llama?

MERCEDES. ¿Luego me dices verdad?

TEODORA. ¡Si digo verdad!

MERCEDES. ¿No le amas?

TEODORA. ¡Mira, Mercedes, que yo
no sé cómo te persuada!
Tal pregunta en otro tiempo
la sangre me sublevaba,

y ahora, ya lo ves, discuto
si soy ó no soy honrada!
¿Es esto serlo de veras?
¿es serlo con toda el alma?
¡Nó! ¡sufrir la humillacion
es ser digna de la mancha!...

(Se oculta el rostro entre las manos y cae en la butaca de la derecha.)

MERCEDES. No llores: vamos: te creo.
No llores, Teodora... basta.
No más. Ya sólo te digo,
y concluyo, una palabra.
Ernesto no es lo que crees:
no merece tu confianza.

TEODORA. Es bueno, Mercedes.

MERCEDES. Nó.

TEODORA. Quiere á mi Julian.

MERCEDES. Le engaña.

TEODORA. ¡Otra vez!... ¡Jesús mil veces!

MERCEDES. No digo que tú escucharas
su pasion: tan sólo digo...
digo tan sólo, *que te ama.*

TEODORA. ¡Él á mí? (Con asombro y levantándose.)

MERCEDES. ¡Lo saben todos!
Hace poco, en esta sala,
delante de mí, de mi hijo...
¡ya ves tú!...

TEODORA. (Con ánsia.) Y bien... acaba.
¿Qué?

MERCEDES. ¡Que confesó de plano!
¡Y con frase arrebatada
juró que por tí daría
vida, honor, conciencia y alma!
Y al llegar tú, quiso verte;
y sólo á fuerza de instancias
conseguí que se marchase

adentro! Y estoy en áscuas
por si le encuentra Severo
y sus enojos estallan.
Y ahora ¿qué dices?

TEODORA. (Á pesar suyo ha seguido esta relacion con una mezcla extraña de interés, asombro y terror: algo indefinible.)

¡Dios mio,
será verdad tanta infamia!
¡Y yo que por él sentía!...
¡Y yo que le profesaba
cariño tan verdadero!...

MERCEDES. ¿Otra vez lloras?

TEODORA. ¡El alma
no ha de llorar desengaños
de esta vida desgraciada!
Un sér tan noble, tan puro...
ver cómo se hunde y se mancha...
Y dices que está allí dentro...
¡él!... ¡Ernesto!... ¡Vírgen santa!
Mira, Mercedes... Mercedes...
¡que se aleje de esta casa!

MERCEDES. Eso quiero yo tambien
y tu energía me agrada. (Con verdadero gozo.)
¡Perdóname!... ¡que ahora creo!...
(Abrazándola con efusion.)

TEODORA. ¡Y ántes nó?
(La actriz dará á esta frase toda la intencion que el autor ha querido que tenga.)

MERCEDES. Silencio... calla...
él se acerca.

TEODORA. (Con ímpetu.) ¡No he de verle!
Díle tú... ¡Julian me aguarda!
(Dirigiéndose á la derecha.)

MERCEDES. (Deteniéndola.) Imposible... ya lo sabes...
Y él mis órdenes no acata:

y ahora que conozco á fondo
tus sentimientos, me agrada
que encuentre el desprecio en tí
que ántes halló en mis palabras.

TEODORA. ¡Déjame!

ERNESTO. ¡Teodora!... (Deteniéndose al entrar.)

MERCEDES. (Ap. á Teodora.) (Es tarde.
Cumple tu deber y basta).
(En voz alta á Ernesto.)
El mandato que hace poco
de mis lábios escuchaba
va á repetirlo Teodora
como dueña de esta casa.

TEODORA. No me dejes. (En voz baja á Mercedes.)

MERCEDES. (Lo mismo á Teodora.) ¿Temes algo?

TEODORA. ¡Yo temer!... No temo nada.
(Le hace señal de que salga.)
(Sale Mercedes por la derecha, segundo término.)

ESCENA VII.

TEODORA, ERNESTO.

ERNESTO. Que saliese... fué el mandato.
(Pausa. Los dos guardan silencio y no se atreven á mirarse.)
¿Y usted... lo repite ahora?
(Teodora hace una señal afirmativa, pero sin fijar la vista en él.)
Pues no tema usted, Teodora:
yo lo cumplo y yo lo acato.
(Triste y respetuoso.)
¡Los demás no hallarán modo
de obediencia, aunque les pese! (Con dureza.)
De usted... aunque me ofendiese...

de usted... yo lo sufro todo. (Con sumision.)

TEODORA. ¡Ofenderle, Ernesto!... nó.
¿Cree usted que yo?...
(Sin mirarle, contrariada y temerosa.)

ERNESTO. No lo creo.
(Nueva pausa.)

TEODORA. Adios... Su dicha deseo.
(Sin volverse ni mirarle.)

ERNESTO Adios, Teodora.
(Se detiene un momento, pero Teodora no se vuelve, ni fija en él los ojos, ni le tiende la mano. Al fin se aleja. Despues de llegar al fondo vuelve y se acerca á ella. Teodora le siente venir y se estremece, pero no dirige á él la vista.)
Si yo
todo el mal que á mi pesar,
por mi maldecida suerte,
le he causado, con mi muerte
ahora pudiese borrar,
bien pronto no quedaría,
lo juro como hombre honrado,
ni una sombra del pasado,
ni un suspiro de agonía,
ni esa triste palidez,
(Teodora levanta la cabeza y le mira con profundo terror.)
ni esa mirada que espanta,
ni un sollozo en su garganta,
(Teodora ahoga, en efecto, un sollozo.)
ni una lágrima en su tez.

TEODORA. (Ap. alejándose de Ernesto.)
(¡Mercedes dijo verdad!...
y yo ciega, inadvertida...)

ERNESTO. Un adios de despedida,
uno sólo, ¡por piedad!

TEODORA. Adios... sí... Yo le perdono
el mal que nos hizo.

ERNESTO. ¡Qué hice!...

¡Yo, Teodora!

TEODORA. Usted lo dice.

ERNESTO. ¡Esa mirada!... ¡Ese tono!...

TEODORA. ¡No más, Ernesto, por Dios!

ERNESTO. ¿Qué hice yo que mereciera?...

TEODORA. Como si yo no existiera:
todo acabó entre los dos.

ERNESTO. ¡Ese acento!... ¡Ese desden!...

TEODORA. (Con dureza y extendiendo el brazo hácia la puerta.)
¡Salga usted!

ERNESTO. ¡Que salga... así!

TEODORA. ¡Mi esposo se muere allí...
y aquí me muero tambien!...
(Vacila y tiene que apoyarse en el respaldo de la butaca para no caer.)

ERNESTO. ¡Teodora!... (Precipitándose para sostenerla.)

TEODORA. (Rechazándole con energía.) ¡Tocarme, nó!
¡Sola!
(Pausa. La actitud y las miradas de los actores las que su talento les inspire.)
Ya el pecho se ensancha.
(Quiere dar unos pasos: de nuevo le faltan las fuerzas y de nuevo quiere sostenerla Ernesto. Ella le rechaza y se aleja de él.)

ERNESTO. ¿Por qué no?

TEODORA. (Con dureza.) ¡Porque usted mancha!

ERNESTO. ¿Que yo mancho?

TEODORA. Cierto.

ERNESTO. ¡Yo!
(Pausa.)
¿Pero qué dice, Dios mio?...
¡Ella tambien!... ¡Imposible!
¡Si la muerte es preferible!...
¡No es verdad!... ¡Yo desvarío!...
¡Diga usted que no, Teodora!
¡Una frase por el cielo:

8

de perdon, ó de consuelo,
ó de lástima, señora!
¡Yo me resigno á partir,
y á no verla á usted ya nunca,
aunque esto desgarra y trunca,
y mata mi porvenir!
Pero es, si á mi soledad
me siguen, con su perdon,
su afecto, su estimacion...
¡por lo ménos su piedad!
¡Es creyendo, que usted cree,
que soy leal, que soy honrado,
que ni mancho, ni he manchado,
ni afrento, ni afrentaré!
¡Me importa poco del mundo,
desdeño sus maldiciones,
y me inspiran sus pasiones
el desprecio más profundo!
Hiera terco, ó hiera cruel,
murmure de lo que fuí,
nunca pensará de mí
todo lo que pienso de él.
¡Pero usted! ¡el sér más puro
que forjó la fantasía!
¡usted! ¡por quien yo daría,
una y mil veces, lo juro,
y con ánsia, con anhelo,
en esta insensata guerra,
no ya mi vida en la tierra,
sino mi puesto en el cielo!
¡usted sospechar que yo
de traiciones soy capaz,
que no está el alma en mi faz!...
eso, Teodora... ¡eso, nó!

(Con profunda emocion, con angustia profundísima, con acento desesperado.)

TEODORA. (Con creciente ansiedad.)
No me ha comprendido usted.
Separémonos, Ernesto.
ERNESTO. ¡Así no es posible!...
TEODORA. ¡Presto!...
¡se lo pido por merced!...
Julian... sufre... (Señalando hácia su cuarto.)
ERNESTO. Ya lo sé.
TEODORA. Pues no le olvidemos.
ERNESTO. No.
¡Pero tambien sufro yo!
TEODORA. ¡Usted, Ernesto!... ¿por qué?
ERNESTO. ¡Por su desprecio!
TEODORA. No hay tal.
ERNESTO. Usted lo dijo.
TEODORA. Mentí.
ERNESTO. ¡No! fué por algo; y así
no sufrimos por igual.
¡En este luchar eterno,
en esta implacable guerra,
él sufre como en la tierra,
y *yo* como en el infierno!
TEODORA. ¡Por Dios!... ¡se abrasa mi frente!
ERNESTO. ¡Se oprime mi corazon!
TEODORA. ¡Basta, Ernesto, compasion!
ERNESTO. ¡Eso pido solamente!
TEODORA. ¡Piedad!
ERNESTO. ¡Pues eso, piedad!
De mí... ¿qué teme?... ¿ó qué piensa?
(Acercándose á ella.)
TEODORA. Perdone usted si hubo ofensa...
ERNESTO. Ofensa, no. ¡La verdad!...
¡La verdad es lo que quiero!...
¡y la pido de rodillas,
con el llanto en las mejillas!
(Se inclina ante Teodora y le coge una mano. En este

momento, en la puerta que corresponde al cuarto de Don Julian, aparece Don Severo y en ella se detiene.)

SEVERO. (Ap.) (¡Miserables!)

TEODORA. ¡Don Severo!

ESCENA VIII.

TEODORA, ERNESTO, SEVERO. Ernesto se separa hácia la izquierda. Severo viene á colocarse entre él y Teodora.)

SEVERO. (Á Ernesto con ira reconcentrada, y en voz baja para que no les oiga Julian.)

Por no encontrar ni frase ni palabra
que mi cólera exprese y mi desprecio,
habré de contentarme con decirle
¡es usté un miserable!... salga presto.

ERNESTO. (Lo mismo.)

Por respeto á Teodora y á esta casa,
porque sufre quien sufre en aquel lecho,
habré de contentarme, señor mio,
con poner la respuesta... en el silencio.

SEVERO. (Creyendo que sale y con cierta ironía.)

Callar y obedecer es lo prudente.

ERNESTO. No me ha entendido usted: si no obedezco.

SEVERO. ¿Se queda usted?

ERNESTO. En tanto que Teodora
no reitere el mandato, aquí me quedo.
Iba á salir há poco para siempre,
y Dios ó Satanás me detuvieron.
Vino usted, me arrojó, y á sus injurias,
cual si fuesen conjuros del infierno,
raíces sentí brotar, que de mis plantas
se agarraban firmísimas al suelo.

SEVERO. Voy á probar, llamando á los criados

si á palos las arrancan.

ERNESTO. Pruebe.

(Ernesto dá un paso hácia Severo con aire amenazador. Teodora se precipita entre los dos y le contiene.)

TEODORA. ¡Ernesto!

(Volviéndose despues con energía y dignidad hácia su cuñado.)

Olvida usted sin duda que es mi casa,
mientras viva mi esposo, que es su dueño.
Para mandar aquí, los dos tan sólo
autoridad tenemos y derecho.

(Á Ernesto con dulzura.)

No por él... por mi causa, por mi angus-
[tia...

(Ernesto no puede ocultar su alegría al ver que Teodora le defiende.)

ERNESTO. Teodora, ¿usted lo quiere?

TEODORA. Se lo ruego.

(Ernesto se inclina respetuosamente y se dirige al fondo.)

SEVERO. Me confunde y me asombra tu osadía,
tanto... no; mucho más que la de Ernesto!

(Acercándose amenazador á Teodora. Ernesto que ha dado unos pasos se detiene; pero luego, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, sigue su camino.)

¡Alzar osas la frente, desdichada,
y delante de mí! ¡La frente al suelo!

(Ernesto hace movimientos análogos á los anteriores, pero más acentuados.)

Tú, tímida y cobarde ¡cómo encuentras
por defenderle, enérgicos acentos!
¡Bien habla la pasion!

(Ernesto, ya en el fondo, se detiene.)

¡Pero tú olvidas,
que ántes de echarle á él, supo Severo
de esta casa arrojarte, que manchabas
con sangre de Julian! ¿Para qué has vuel-
[to?

(Cogiéndola brutalmente un brazo, sujetándola con furor y acercándose más y más á ella.)

ERNESTO. ¡Ah! ¡no es posible!... ¡Nó!...

(Se precipita entre Teodora y Severo y los separa.)

¡Suelta, villano!

SEVERO. ¡Otra vez!

ERNESTO. ¡Otra vez!

SEVERO. ¡Vienes de nuevo!

ERNESTO. Pues á Teodora tu insolencia ofende

(Desde este momento no es dueño de sí.)

y me siento con vida ¿qué remedio?
¡Volver, volver, y castigar tu audacia,
y llamarte cobarde á voz en cuello!

SEVERO. ¡A mí!

ERNESTO. Sin duda.

TEODORA. ¡Nó!

ERNESTO. ¡Si él lo ha querido!
¡Si la mano le ví poner colérico
sobre usted, sobre usted!... (Á Teodora.)
¡De esta manera!

(Coge violentamente á Don Severo por un brazo.)

SEVERO. ¡Insolente!

ERNESTO. Es verdad; pero no suelto.
¿Tuvo usted madre? Sí. ¿La amaba mucho?
¿La respetaba aún más? ¡Pues así quiero
que respete á Teodora, y que se humille
de esta mujer ante el dolor inmenso!
¡¡De esta mujer más pura y más honrada
que su madre de usted, mal caballero!!

SEVERO. ¡Á mí!... ¡tal dice!

ERNESTO. Sí: y aun no he concluido.

SEVERO. ¡Tu vida!...

ERNESTO. Sí: mi vida; pero luego.

(Teodora quiere separarlos; pero él la aparta dulcemente con una mano sin soltar la otra.)

En un Dios creerá usted: es necesario...

¡un Hacedor!... ¡una esperanza!... bueno:
¡pues como dobla sus rodillas torpes
ante el altar del Dios que está en los cielos,
ante Teodora han de doblarse, y pronto!
¡Abajo!... ¡Al polvo!

TEODORA. ¡Por piedad!

ERNESTO. ¡Al suelo!

(Le obliga á arrodillarse delante de Teodora.)

TEODORA. ¡Basta, Ernesto!

SEVERO. ¡Mil rayos!

ERNESTO. ¡Á sus plantas!

SEVERO. ¡Tú!

ERNESTO. ¡Yo!

SEVERO. ¡Por ella!

ERNESTO. ¡Sí!

TEODORA. ¡No más!... ¡silencio!

(Teodora aterrada señala hácia el cuarto de Don Julian. Ernesto suelta su presa: Severo se levanta y retrocede hácia la derecha. Teodora se lleva hácia el fondo á Ernesto. De este modo ella y él forman un grupo que se aleja.)

ESCENA IX.

TEODORA, ERNESTO, SEVERO: despues JULIAN y MERCEDES.

JULIAN. ¡Déjame!... (Desde dentro.)

MERCEDES. (Lo mismo.) ¡Nó por Dios!

JULIAN. ¡Son ellos... vamos!...

TEODORA. ¡Salga usted!... (Á Ernesto llevándoselo.)

SEVERO. (Á Ernesto.) ¡La revancha!

ERNESTO. No la niego.

(En este momento se presenta Don Julian, pálido, descompuesto, casi moribundo, y Mercedes conteniéndolo. Al presentarse él, Don Severo está á la derecha primer término, y Teodora y Ernesto formando un grupo en el fondo.)

JULIAN. ¡Juntos!... ¿A dónde van?... ¡Que los deten-
¡Huyen de mí!... ¡Traidores! [gan!
(Quiere precipitarse sobre ellos; pero le faltan las fuerzas y vacila.)

SEVERO. (Acudiendo á sostenerle.) ¡Nó!

JULIAN. ¡Severo,
me engañaban!... ¡mentían!... ¡miserables!
(Mientras pronuncia estas palabras, entre Mercedes y Severo le traen á la butaca de la derecha.)
¡Allí!... ¡Mira!... ¡Los dos... ella y Ernesto!
¿Por qué están juntos?...

TEODORA. ERNESTO. } (Se separan uno de otro.) ¡Nó!

JULIAN. ¿Por qué no vienen?
¡Teodora!...

TEODORA. (Tendiéndole los brazos, pero sin acercarse.)
¡Mi Julian!...

JULIAN. ¡Sobre mi pecho!
(Teodora se precipita en los brazos de Julian, que la estrecha fuertemente. Pausa.)
¿Ya lo ves?... ¿ya lo ves?... ¡sé que me en-
(Á su hermano.) [gaña!...
¡y en mis brazos la oprimo y la sujeto!...
¡y puedo darle muerte!... ¡y la merece!...
¡y *la miro!... ¡la miro!...* ¡y ya no puedo!

TEODORA. ¡Julian!...

JULIAN. ¿Y aquél?... (Señalando á Ernesto.)

ERNESTO. ¡Señor!...

JULIAN. ¡Y yo le amaba!...
calla y acércate... (Ernesto se aproxima.)
(Sujetando á Teodora.) ¡Áun soy su dueño!

TEODORA. ¡Tuya!... ¡tuya!...

JULIAN. ¡No finjas!... no me mientas!

MERCEDES. ¡Por Dios santo!... (Procurando calmarle.)

SEVERO. (Lo mismo.) ¡Julian!...

JULIAN. (Á los dos.) ¡Callad!... ¡silencio!

(Á Teodora.)
¡Si yo te adiviné!... ¡si sé que le amas!
(Teodora y Ernesto quieren protestar, pero no les deja.)
¡Si lo sabe Madrid!... ¡Madrid entero!

ERNESTO. ¡Nó, padre!

TEODORA. ¡Nó!

JULIAN. ¡Lo niegan!... y lo niegan!
¡Si es la evidencia! si en mi sér la siento,
¡porque esta calentura que me abrasa
con su llama ilumina mi cerebro!

ERNESTO. ¡Del hervor de la sangre, del delirio,
todas esas traiciones son engendros!
¡Escuche usted, señor!

JULIAN ¡Vas á mentirme!

ERNESTO. ¡Es inocente! (Señalando á Teodora.)

JULIAN. ¡Nó!... ¡Si no te creo!

ERNESTO. ¡De mi padre, señor, por la memoria!...

JULIAN. ¡No profanes su nombre y su recuerdo!

ERNESTO. ¡Por el último beso de mi madre!...

JULIAN. ¡No está en tu frente ya su último beso!

ERNESTO. Por cuanto quiera usted ¡oh padre mio!
juraré, juraré...

JULIAN. No juramentos,
ni engañosas palabras, ni protestas...

ERNESTO. Pues bien ¿que quiere usted?

TEODORA. ¿Qué quieres?

JULIAN. Hechos.

ERNESTO. ¿Qué desea, Teodora? ¿qué nos pide?

TEODORA. ¡Yo no lo sé!... ¿Qué hacer? ¿qué hacer, [Ernesto?

JULIAN. (Que les ha seguido con mirada febril y con instintiva desconfianza.)
¡Ah! ¿delante de mí buscais engaños?...
¡Os concertais, infames!.. ¡Lo estoy viendo!

ERNESTO. ¡Por la fiebre vé usted, no por los ojos!

JULIAN. ¡La fiebre, sí! ¡Cómo la fiebre es fuego,

la venda consumió que ante la vista
me pusísteis los dos y al fin ya veo!
Y ahora ¿por qué os mirais?... ¿por qué [traidores?
¿Por qué brillan tus ojos? ¡Habla Ernesto!
No es el brillo del llanto... Ven... Más
aún más... [cerca...
(Le obliga á acercarse: le hace bajar la cabeza y al fin viene á caer de rodillas ante él. De este modo queda Don Julian entre Teodora que está á su lado y Ernesto que está á sus piés. En esta actitud le pasa la mano por los ojos.)
¿Lo ves?... ¡no es llanto!... si [están secos!

ERNESTO. ¡Perdon!... ¡perdon!

JULIAN. ¡Pues si perdon me pides
confiesas tu maldad!

ERNESTO. ¡Nó!

JULIAN. ¡Sí!

ERNESTO. ¡No es eso!

JULIAN. Pues cruzad ante mí vuestras miradas...

SEVERO. ¡Julian!...

MERCEDES. ¡Señor!

JULIAN. (Á Teodora y Ernesto.) ¿Acaso teneis miedo?
¿No os amais como hermanos? ¡pues pro- [badlo!
¡De las anchas pupilas á los cercos
salgan las almas, y sus castas luces
en mi presencia mezclen sus reflejos,
que yo veré, porque veré de cerca,
si esos rayos de luz, son *luz* ó *fuego!*
Tú, Teodora, tambien... si ha de ser... va- [mos...
¡Venid! ¡los dos!... ¡aún más!
(Hace caer ante él á Teodora, los aproxima á la fuerza y les obliga á mirarse.)

TEODORA. (Separándose por un violento esfuerzo.)
¡Ah! ¡nó!

ERNESTO. (Procura desasirse, pero Julian le sujeta.) ¡No puedo!

JULIAN. ¡Os amais!.. ¡os amais!.. ¡claro lo he visto!
¡Tu vida! (Á Ernesto.)

ERNESTO. ¡Sí!

JULIAN. ¡Tu sangre!

ERNESTO. ¡Toda!

JULIAN. (Sujetándole de rodillas.) ¡Quieto!

TEODORA. ¡Julian! (Conteniéndole.)

JULIAN. ¿Tú le defiendes?... ¡Le defiendes!...

TEODORA. ¡Pero si no es por él!

SEVERO. ¡Por Dios!...

JULIAN. (Á Severo.) ¡Silencio!
¡Mal amigo!... ¡mal hijo!...
(Sujetándole á sus piés.)

ERNESTO. ¡Padre mio!

JULIAN. ¡Desleal!... ¡Traidor! (Lo mismo.)

ERNESTO. ¡No, padre!

JULIAN. Voy el sello
á ponerte de vil en la mejilla...
¡hoy con mi mano!... ¡pronto con mi acero!
(Con un resto de suprema energía se incorpora y le golpea en el rostro.)

ERNESTO. (Dá un grito terrible, se levanta y se separa hácia la izquierda cubriéndose la cara.)
¡Ah!

SEVERO. ¡Justicia!
(Extendiendo el brazo hácia Ernesto.)

TEODORA. ¡Jesús!
(Se oculta el rostro entre las manos y va á caer en una silla de la derecha.)

MERCEDES. ¡Delirio ha sido!
(Á Ernesto como disculpando á Julian.)
(Estos cuatro gritos rapidísimos. Momentos de estupor. Julian siempre en pié y mirando á Ernesto. Mercedes y Severo sosteniéndole.)

JULIAN. Delirio no: ¡castigo, vive el cielo!
¿Qué pensabas ingrato?

MERCEDES. Vamos... vamos...

SEVERO. Ven, Julian...

JULIAN. ¡Sí, ya voy!...
(Se encamina penosamente hácia su cuarto sostenido por Severo y Mercedes, pero deteniéndose algunas veces para mirar á Ernesto y Teodora.)

MERCEDES. ¡Pronto, Severo!

JULIAN. ¡Míralos!... ¡los infames!... ¡fué justicia!
¿No es verdad?... ¿no es verdad?... Yo así [lo creo.

SEVERO. ¡Por Dios, Julian!... ¡Por mí!

JULIAN. ¡Tú sólo! ¡sólo!...
¡Me has querido en el mundo!... (Abrazándole)

SEVERO. ¡Yo! ¡sí! ¡cierto!
(Sigue caminando: cerca de la puerta se detiene y otra vez los mira.)

JULIAN. ¡Y ella llora por él!... ¡y no me sigue!...
¡ni me mira!... ¡ni vé... que yo me muero!...
¡Me muero... sí!...

SEVERO. ¡Julian!...

JULIAN. Espera... espera...
(Deteniéndose en la misma puerta.)
¡Deshonra por deshonra!... ¡Adios, Ernesto!
(Salen Julian, Severo y Mercedes por la dereeha segundo término)

ESCENA X.

TEODORA, ERNESTO. Ernesto cae en el sillon próximo á la mesa Teodora continúa á la derecha. Pausa.

ERNESTO. (Ap.) (¡De qué sirve la lealtad!

TEODORA. ¡De qué sirve la inocencia!

ERNESTO. ¡Se oscurece mi conciencia!

TEODORA. ¡Piedad, Dios mio, piedad!

ERNESTO. ¡Suerte fiera!

TEODORA. ¡Triste suerte!

ERNESTO. ¡Pobre niña!

TEODORA. ¡Pobre Ernesto!)

(Hasta aquí todos son apartes.)

SEVERO. (Desde dentro: todos estos gritos de suprena angustia.) ¡Hermano!

MERCEDES. ¡Socorro!

PEPITO. ¡Presto!

(Ernesto y Teodora se levantan y se acercan uno á otro.)

TEODORA. ¡Gritos de dolor!...

ERNESTO. ¡De muerte!...

TEODORA. ¡Vamos pronto!

ERNESTO. ¿Dónde?

TEODORA. Allí.

ERNESTO. (Deteniéndola.) No podemos.

TEODORA. ¿Por qué no?
¡Yo quiero que viva! (Con ánsia.)

ERNESTO. (Lo mismo.) ¡Y yo!
pero no puedo...
(Señalando hácia el cuarto de Don Julian.)

TEODORA. Yo sí.

(Precipitándose hácia el cuarto de Julian.)

ESCENA ÚLTIMA.

TEODORA, ERNESTO, SEVERO, PEPITO. La disposicion de los personajes es la siguiente. Ernesto, en pié, en el centro. Teodora en la puerta del cuarto de Don Julian. Cerrándole el paso Severo que sale un momento despues que Pepito.

PEPITO. ¿Dónde vas?

TEODORA. (Con desesperada ansiedad.) ¡Le quiero ver!

PEPITO. ¡No es posible!

SEVERO. ¡No se pasa!...
¡Esa mujer en mi casa!...
¡Pronto... arroja esa mujer!... (Á su hijo.)
¡Sin compasion!... ¡Al instante!

ERNESTO. ¿Qué dice?

TEODORA. ¡Yo desvarío!

SEVERO. ¡Aunque tu madre, hijo mio,
se ponga de ella delante,
has de cumplir mi mandato!
¡aunque suplique!... ¡aunque implore!
Si llora... nada ¡que llore!
(Á su hijo con ira reconcentrada.)
¡Léjos... léjos... ó la mato!

TEODORA. ¡Julian manda!...

SEVERO. ¡Julian, sí!

ERNESTO. ¿Su esposo?... ¡No puede ser!

TEODORA. ¡Verle!...

SEVERO. ¡Pues le vas á ver:
y despues... huye de aquí!

PEPITO. ¡Padre!... (Como queriendo oponerse.)

SEVERO. Deja... (Á Pepito separándole.)

TEODORA. ¡Si no es cierto!

PEPITO. ¡Si es horrible!

TEODORA. ¡Si es mentira!

SEVERO. ¡Ven, Teodora... ven y mira!
(La coje por un brazo, la lleva á la puerta del cuarto de D. Julian, levanta el cortinaje y señala al interior.)

TEODORA. ¡Él!... ¡Julian!... ¡Mi Julian!... ¡muerto!
(Dice esto retrocediendo en ademan trágico y cae desplomada en el centro.)

ERNESTO. ¡Padre! (Cubriéndose el rostro.)
(Pausa. Severo los contempla con mirada rencorosa.)

SEVERO. (Á su hijo señalando á Teodora.)
¡Arrójala!

ERNESTO. (Poniéndose delante del cuerpo de Teodora.)
¡Cruel!

PEPITO. ¡Señor!... (Dudando.)

SEVERO. (Á su hijo.) Es mi voluntad.
¿Dudas?

ERNESTO. ¡Piedad!

SEVERO. ¡Sí: piedad!
¡La que ella tuvo con él!

(Señalando hácia dentro.)

ERNESTO. ¡Ah!... ¡que mi sangre se inflama!
¡Saldré de España!

SEVERO. No importa.

ERNESTO. ¡Moriré!

SEVERO. La vida es corta.

ERNESTO. ¡Por última vez!

SEVERO. No: llama. (Á su hijo.)

ERNESTO. ¡Que es inocente! ¡lo digo
y lo juro!...

PEPITO. Padre... (Como intercediendo.)

SEVERO. (Á su hijo señalando con desprecio á Ernesto.)
Miente.

ERNESTO. ¿Me arrojas á la corriente?
¡Pues ya no lucho, la sigo!
Qué pensará, no presiento,
(Señalando á Teodora.)
del mundo y de tus agravios,
que mudos están sus lábios,
y duerme su pensamiento.
Pero lo que pienso yo...
eso... ¡lo voy á decir!

SEVERO. ¡Inútil! no ha de impedir
que yo mismo...
(Queriendo aproximarse á Teodora.)

PEPITO. (Conteniéndole.) Padre...

ERNESTO. ¡Nó!
(Pausa.)
Nadie se acerque á esta mujer: es mia.
Lo quiso el mundo: yo su fallo acepto.
Él la trajo á mis brazos: ¡ven Teodora!
¡Tú la arrojas de aquí!... Te obedecemos.

SEVERO. ¡Al fin!... ¡infame!

PEPITO. ¡Miserable!

ERNESTO. Todo.
¡Y ahora teneis razon!... ¡Ahora confieso!

¿Quereis pasion?... Pues bien ¡pasion, dé-
[lirio!
¿Quereis amor?... Pues bien ¡amor in-
[menso!
¿Quereis aún más?... Pues más ¡si no me
[espanto!
¡Vosotros á inventar!... ¡yo á recogerlo!
¡Y contadlo!... ¡contadlo!... ¡La noticia
de la heróica ciudad llene los ecos!
Más si alguno os pregunta quién ha sido
de esta infamia el infame medianero,
respondedle: «¡tú mismo y lo ignorabas:
y contigo las lenguas de los nécios!»
Ven, Teodora, la sombra de mi madre
posa en tu frente inmaculada un beso.
¡Adios!... ¡me pertenece!... ¡que en su dia
á vosotros y á mí nos juzgue el cielo!

(Se lleva á Teodora en brazos, desafiando á todos con la mirada y el ademan. Severo y Pepito en primer término, en la actitud que se crea conveniente.)

FIN DEL DRAMA.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, núm. 18, y de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.